



ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

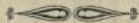


25 de Octubre de 1849.

EL HOMBRE FÓSIL.

TOMO VII. 28

EL HOMBRE FÓSIL.



Hace mucho tiempo que en OElningen, aldea del canton de Schaffhouse, en Suiza se encontró un famoso esqueleto, que se creyó ser el de un hombre, y Scheuchzer le llamó por esta razón, el hombre testigo del diluvio (*homo diluvii testis*). Varios naturalistas de aquella época se obstinaron largo tiempo en esta opinion que ocasionó una acalorada polémica entre los geólogos, hasta que Mr. Cuvier probó hasta la evidencia, que el supuesto hombre fósil no era otra cosa que una salamandra, pero enorme, que tenia la cabeza mas gruesa que la de un niño de diez años, siendo la longitud de su cuerpo la de seis pies. Esto nos mueve á manifestar lo que se sabe acerca del hombre fósil.

En una caverna de las cercanías de Lieja se encontró un ser en 1837, que es precisamente el que hemos dibujado aqui, y al que llamamos hombre fósil. Tiene mucha semejanza con la raza de los monos; pero es preciso notar que los caracteres que aparecen en dicho animal se encuentran, aun cuando aisladamente, en la naturaleza actual: la prominencia de su cabeza y la de su hocico han sido calcados sobre un cráneo fósil hallado en los arenales de Baden, cerca de Viena; pero los negros de Etiopia nos ofrecen la misma configuracion. Acaso nos reconvenzan nuestros lectores, diciendo que sus piernas son muy delgadas, que no tiene muslos,

y que sus pies son de una longitud desproporcionada. Pero si los que nos reconviene, repasan el viage del capitán Dumont Durville, verán en los magníficos grabados que le acompañan, que los habitantes del Puerto del rey Jorge, y de otros muchos países de la Oceania, tienen menos muslos que nuestro hombre fósil, y los pies las mismas dimensiones.

Puede tambien estrañarse ver un hombre tan velludo; pero léase la Escritura y se verá que Esau era velludo como una cabra, y hoy existe todavia un gran número de individuos, que no cederian en esta parte al que nos referimos.

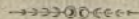
Creemos que hubieran podido encontrarse muchos hombres fósiles en las cavernas de Biza, de Pondres, de Durfort y de Nabrigas, en distintas cavernas de la provincia de Lieja y en la Guadalupe, etc. etc. Se observará, sin embargo, que las osamentas humanas de estos distintos parages, pertenecen generalmente á razas que difieren de un todo de las que existen hoy en Europa. Por eso las cabezas halladas en los arenales de Baden, y sobre las cuales hemos calcado nuestro hombre fósil, tienen mucha analogia con las de las razas negras africanas, pero con un hocico todavia mas prominente. Las que se han desenterrado en las márgenes del Rhin y del Danubio parecen menos antiguas.

Es cuanto ha podido averiguarse acerca de este animal, que muchos han tenido por fabuloso; nosotros, sin embargo, no somos de esa opinion, sino que al contrario creemos que ha existido por las razones que dejamos apuntadas.

GLORIAS DE ESPAÑA.



DON ALONSO DE AGUILAR.



I.

No mucho tiempo despues de la conquista de Granada, y cuando aun se solemnizaba la toma de esta importante ciudad, ya se descubrian claros indicios de que, no por haberse apoderado de aquel último baluarte de los moros en España, quedaba para siempre estinguida la lucha de esterminio sostenida durante ocho siglos por los dos pueblos de la Peninsula, á impulsos de un reciproco odio nacional y religioso. En virtud de las capitulaciones de 1492, podian los moros conservar sus propiedades, trages, idioma, leyes y hasta su culto, pues solo se bautizaba á los que lo solicitaban voluntariamente y en virtud de las exhortaciones é instruccion de los misioneros y catequistas. Los moros que habitaban en los pueblos inmediatos á Granada, en los términos de la Vega y campiñas inmediatas, mas espuestas á las incursiones é inspeccion de los cristianos, observaban, aunque con repugnancia, dichos pactos; pero los que se habian refugiado á las montañas, donde no era fácil penetrar, los que se habian, por decirlo así, fortificado en las fragosas sierras de la Alpujarra, no solo se conservaban independientes de toda sujecion y convenio, sino que ardiendo en deseos de venganza, se presentaban ya en ademan hostil y amenazador.

Conoció el rey don Fernando el Católico en su sagaz politica, que era necesaria una demostracion que re-

frenase por lo menos la provocadora actitud de los moros, y les hiciese conocer no estaban envainadas para siempre las espadas de los vencedores de Granada. Por esta causa aguardó á sazón en que estuviesen reunidos en su corte, como entonces con mucha frecuencia solian hacerlo, los duques y grandes del reino, los capitanes y adalides de mas nombradia, y todas aquellas personas ilustres que eran el firme apoyo del trono y de la patria. En una de estas brillantes reuniones, hizo el rey la siguiente pregunta, con un aire y con un tono de voz cual si de todo punto le fuese indiferente la respuesta:

—¿Cuál de vosotros, señores, será osado para ir mañana á las Alpujarras, y fijar el pendon de Castilla en la cumbre de la sierra?

Preciso que esta empresa fuese muy árdua, cuando el rey ponía como en duda la probabilidad de acometerla, y cuando todos los caballeros no respondieron apresuradamente para aceptarla. De todos modos siempre se hubiera anticipado el bravo don Alonso de Aguilar, hermano del Gran Gonzalo, y uno de los principales paladines de aquella época tan encomiada por los romanceros. Hizo Aguilar reverencia á la reina, y adelantándose hácia el rey, le dijo resueltamente:

—Esa empresa, señor, para mí y solo para mí está guardada, y nadie ose disputármela (dijo á los caballeros), porque con su magestad la reina tengo ya comprometida mi palabra.

No hay que decir si el rey aceptó con júbilo la oferta del valiente don Alonso. Los amigos de éste quisieron disuadirle; mas no habia oportunidad para ello, y los circunstantes en general, graduando la empresa de

temeraria, quedaron temiendo se malograra en la flor de sus años un mozo de tan bellas prendas y de quien tanto se podía esperar.

II.

En aquella misma noche y pocos momentos después de la escena acaecida en el régio alcázar, se dirigía don Alonso de Aguilar por las oscuras y estrechas calles de Granada hacia un retirado edificio y de poca apariencia, pero embellecido en su parte interior con uno de aquellos patios-jardines á la usanza de los moros, y de que estos habían dejado tan lindas muestras en Granada. En aquel solitario recinto, y merced á la oficiosa mano de una discreta dueña, solía penetrar don Alonso muchas noches y llegar hasta la bella señora de sus pensamientos, resguardada todavía por los hierros de una reja.

Estaba ya tratado el enlace de don Alonso con una linda jóven, perteneciente á una de las primeras familias de Granada; enlace á todas luces igual y ventajoso, y en el que todos aplaudían que una doncella de las mas ilustres se uniese á un guerrero de los mas valientes. Aunque la boda era á gusto de ambas familias, no estaban aun los tratos y preparativos para el himeneo tan adelantados, que sin faltar á la etiqueta y admitidas costumbres, pudiera tener franca entrada el galán en casa de la novia; pero los jóvenes enamorados, que nunca eran tan escrupulosos observadores de la etiqueta como sus padres, siempre hallaban medios de verse, y en cuanto á don Alonso y su prometida doña Elvira, lo conseguían con frecuencia y con cuanto desahogo podían apeteecer dos jóvenes de nobles y honestos sentimientos.

Grandefué la sorpresa de don Alonso, cuando al acercarse á saludar á su querida, la vió inmóvil y anegada en lágrimas. Antes de que ella pudiese proferir una sola palabra, ya don Alonso, por ese particular conocimiento que en tales circunstancias tienen los amantes, adivinó todo el motivo de su aflicción y exclamó muy admirado:

—¿Qué! ¿tan pronto llegó á vos la noticia?

—Todo lo sé: contestó Elvira ¿Tan mal me queréis y os queréis vos, que así vais á esponer toda nuestra felicidad á los azares de tan arriesgada empresa?

—¿Y de cuándo acá manifestais ese recelo? ¿Es acaso la primera vez que me visteis partir á lidiar con los moros en la vega de Granada?

—Yo no sé en qué consiste, pero jamás tuve la tristeza y los temores que ahora.

—¡Vaya! Desechad todo vano presentimiento, porque os aseguro que tampoco será esta la última vez que salga, para venir á arrojar á vuestras plantas los laureles de la victoria.

He aquí de que distinto modo consideraban ambos jóvenes las cosas: la una, tímida y apasionada doncella, no veía mas que un acontecimiento que podía diferir ó estorbar para siempre su felicidad, donde el otro, ardiente y belicoso jóven, solo veía una ocasión de justificar la elección de su querida y de ennoblecer su amor con nuevos trofeos. Por este convencimiento y viendo que ni sus razones, ni sus ruegos alcanzan á tranquilizar á su amada, ni la hacen desistir de sus lloros y suspiros, la dijo resueltamente:

—Decid, señora mía, ¿no os avergonzaríais de querer para esposo al que prefiriese todo otro sentimiento al del honor?

Á estas palabras ella no responde, mas queriendo sin duda apelar á otros recursos, estiendo su delicado y desnudo brazo hacia su caballero, cual si con tal débil lazo quisiera contener su ardoroso ímpetu, y le dice conmovida:

—No, no os dejaré partir.

—¡Doña Elvira, este es mi deber!

El tono de seriedad y de firmeza con que fueron pronunciadas estas palabras, aterrorizó á la desventurada jóven, que retirando su brazo y apartándose de la reja casi desfallecida, solo pudo articular tristísimamente:

—¡Don Alonso, id con Dios!

Al amanecer, formaban en Vivarrambla mil infantes y cuatrocientos caballos escogidos. Preséntase don Alonso de Aguilar en su arrogante corcel, con su penacho flotante sobre el yelmo, con su bruñida armadura y aquella temible espada cuya reluciente y sonora vaina bate los hijares del caballo. Abrense las filas y el pendón real viene á ondear en medio de ellas. Suenan las trompetas, y se pone en movimiento toda aquella selva de lanzas y de penachos. Todos los vecinos de Granada se agolpan á las puertas y las ventanas para ver pasar al noble paladín: las bellas le señalan, elogian su valor y cortesía, y envidian á doña Elvira. En tanto esta desventurada jóven en lo mas retirado de su aposento, llora afligida, como si no hubiese de volver mas á ver á su valiente caballero.

III.

Al aproximarse á la sierra la caballeresca expedición y al primer ataque dado á los moros que osaron esperar en la llanura, estos cedieron al instante, y se replegaron á sus madrigueras de la montaña, dando indicios del mas pánico terror. Era esta una estratagemá para atraer á los cristianos á las sendas mas estrechas en las que se internaron sin temor, sosteniendo algunas escaramuzas en las ramblas. Mas apenas la columna de don Alonso se halló bien comprometida en los desfiladeros, sobrevino una multitud tal de enemigos, que coronando las crestas de la montaña, presentaba además hombres armados en todas las quiebras y detrás de cada pino, y detrás de cada Peña. La refriega se sostenía con valor, pero la senda iba siendo cada vez mas fragosa, é interrumpida á trechos por gruesos peñascos y matorrales que dificultaban la marcha de la infantería, é impedían completamente la de los ginetes. Una lluvia de flechas, troncos y piedras enormes, que rodando con estrépito aplastaban hombres y caballos, introduce el desorden en las filas, y no solo los ginetes sino muchos infantes procuran salir con vida de aquel peligroso laberinto.

Era lo mas prudente el retirarse, y así se lo hicieron presente á don Alonso de Aguilar; pero esta retirada hubiera tenido todas las apariencias de cobardía, y en la mente del animoso caudillo no tenía cabida el retirarse de ese modo, y mucho menos sin lograr el objeto de la expedición. Fué el primero que echó pie á tierra, y espada en mano, seguido de los mas valientes, avanzó osado hacia la cumbre. Los enemigos acudían de cada vez en mayor número, y aquel puñado de valientes iba menguando; pero el estandarte de Castilla aun ondeaba entre las filas: á cada alférez que cae, otro empuña de nuevo la sagrada insignia que aparece y vuelve á aparecer con rabia y espanto de la morisma.

Llegan por fin á lo alto de una elevada plataforma; pero pocos, muy pocos: los mas han quedado en las veredas desangrándose por las heridas, ó combatiendo aquí y allá solos y desamparados, arrimados á las peñas, ó teniendo por muralla los caballos muertos. Don Alonso hinca con brío el estandarte en el suelo, y esclama con indecible satisfacción:

—¡He cumplido mi palabra!

Tiende luego la vista al rededor, y al verse cortado por todas partes, sin guía y con tan pocos hombres á su lado, heridos ya como él, y rendidos de cansancio, les dice tristemente:

—Aquí es forzoso morir; pero moriremos con honra, cumpliendo nuestra promesa y sin empañar la gloria de nuestras hazañas....

No pudo decir mas, para atender á los enemigos que acometían, cercando por todas partes á los cristianos que se apiñaban al rededor del estandarte: hicieron prodigios de valor ¿pero qué podían ellos contra el excesivo número de los contrarios? Los mas quedaron heridos y prisioneros, mientras que otros, deseando la muerte, se obstinaron en defenderse. Ninguno tanto como el valiente Aguilar, que oyendo preguntar con avidez entre los enemigos:

—¿Quién.... quien es don Alonso?

—Yo soy! gritó ciego de furor, erguiendo la cabeza con toda la arrogancia de su estirpe.

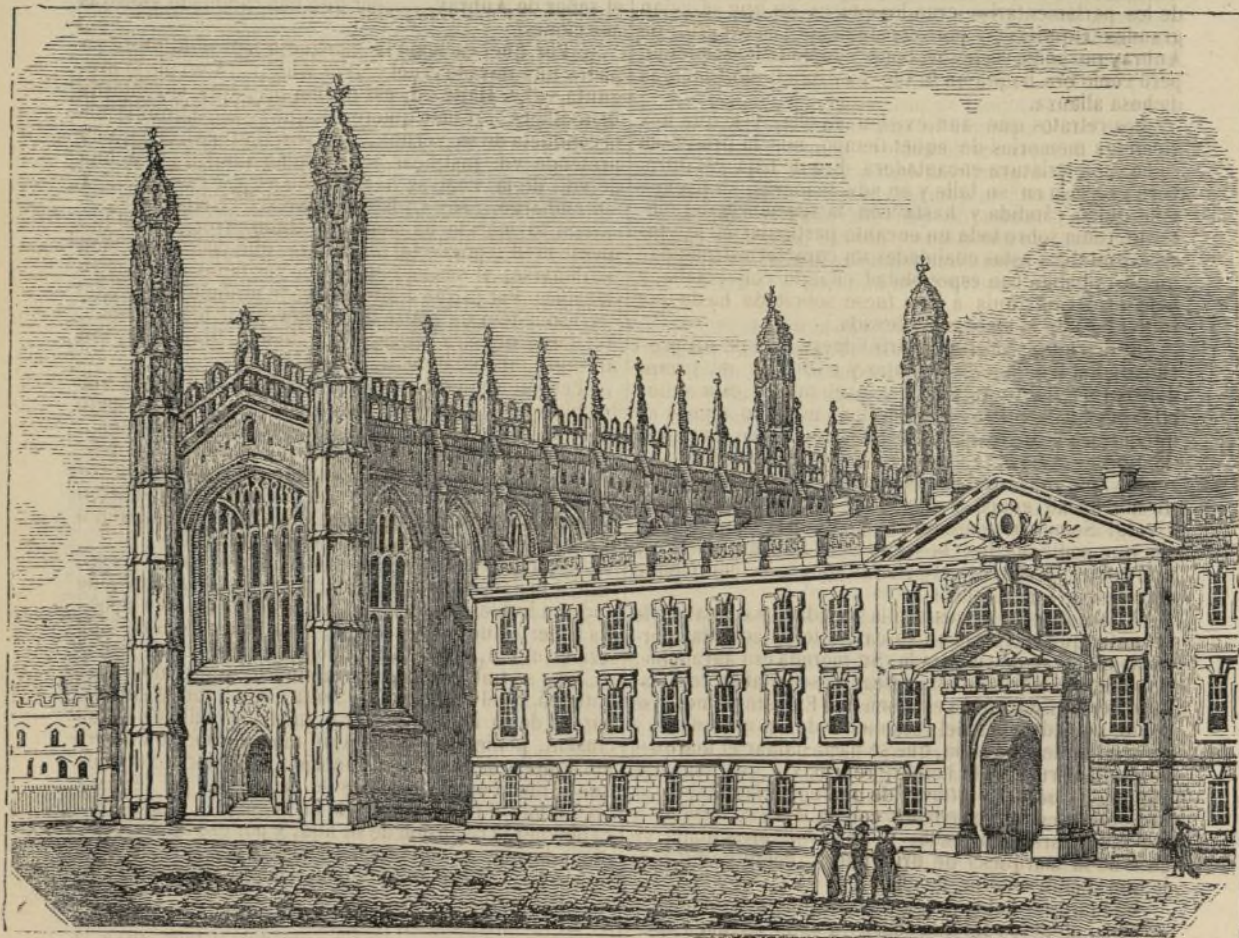
—Ah! don Alonso, ¿quién te salvará? le dijo un caudillo de los moros.

—Esta me basta, replicó Aguilar, levantando en alto su espada.

¡Inútil osadía! No hay entre aquellos fieros enemigos quien no ansie el herir á don Alonso, quien no aspire á la gloria de rendirle por su mano. El valiente caballero no piensa ya en defenderse, y su único empeño, su único cuidado en aquel momento supremo es que el pendon de Castilla, mientras él tenga vida, no caiga en poder de los enemigos. Por eso cuando debilitado por las heridas y pérdida de sangre, siente que va á rendir el alma y va á caer sobre el monton de cadáveres que le rodea, suelta su rota espada y asiéndose con ambas manos al mástil del estandarte se desliza por él hasta caer desfallecido. Cuando don Alonso de Aguilar exhaló el último suspiro, aun tenia apretada entre sus puños aquella sagrada insignia que con tanto valor habia sabido defender.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

MONUMENTOS ESTRANJEROS.



VISTA DEL COLEGIO Y CAPILLA DE CAMBRIDGE EN INGLATERRA.

CRÍMENES CÉLEBRES.

LA MARQUESA DE BRINVILLIERS.



Ciertamente es una tarea penosa la de tener que referir la historia de la marquesa de Brinvilliers, y la de tener que trazar esta vida repugnante, viciosa y criminal. Sin embargo, es una obligación; es preciso que la misma mano que pinta las virtudes, pinte igualmente los crímenes, y demuestre á la Providencia siempre equitativa, que castiga al culpable, no permitiéndole en sus postrimeros instantes que se vea rodeado en su lecho mortuorio de los consuelos del justo.

Maria Margarita Dreux de Aubray, era hija de Mr. de Aubray, teniente civil de París; esta familia disfrutaba una mediana fortuna, porque los descendientes de los parlamentarios eran los únicos en que se veían grandes riquezas, y por consiguiente, la señorita de Aubray no podía esperar hacer un feliz casamiento; pero como era bonita no le fué muy difícil efectuar una dichosa alianza.

Los retratos que aun existen de ella, y lo que nos dicen las memorias de aquel tiempo, nos la presentan como una criatura encantadora. Era de baja estatura, pero graciosa en su talle y en sus maneras: su fisonomía dulce, cándida y hasta con la apariencia del inocente, tenía sobre todo un encanto particular en la sonrisa; juntaba á estas cualidades un carácter estremadamente amable, con especialidad cuando conversaba, y todo esto contribuía á que fuese solicitada hasta por individuos de la clase mas elevada.

El marqués Gobelin de Brinvilliers, hijo de un presidente del tribunal de cuentas y ayudante de campo del regimiento de Normandía, pretendió á esta señorita, pues habiéndola visto y tratado no pudo menos de quedar prendado de sus dotes. Era hijo único, heredero de una gran fortuna, esto es, de treinta mil libras de renta, que representaban sesenta en nuestros días; era un muchacho guapo, y conocía el mundo en que habia vivido. Semejante casamiento superaba á las esperanzas que podía formar la señorita de Aubray: celebróse este enlace, y durante el primer año, todo contribuyó á creer que serian felices.

A la marquesa le gustaba la sociedad, y su marido le permitía que recibiese en su casa á todas aquellas personas que eran de su agrado. Su morada era agradable, y muchos hombres de alta categoria solicitaban con empeño ser presentados á esta señora. En este número se contó, poco despues del casamiento de la marquesa, á un capitán de caballería, que se hacia llamar el marqués de Santa Cruz. Este hombre refirió, sin avergonzarse por ello, que era *bastardo* de una noble familia, y se presentaba en las sociedades con la cabeza erguida y sin inquietarse por nada; y una vez presentado en casa de la marquesa de Brinvilliers, comprendió todo lo que podía esperar de ella.

El marqués habia estado apasionadamente enamorado de su muger; pero á la sazón ya no lo estaba, y además no era celoso. Vivía en una época en que la relajación de las costumbres impedía admirarse de cuanto sucediese en este género: la marquesa, cuyas pasiones eran mas violentas, se indignó al principio de verse des-

deñada, despues de haber sido el objeto de una pasión, que á los diez y ocho años creyó que siempre duraría.... Esta decepcion debia ser la primera que hiriese su corazón de muger; en otra, esto hubiese provocado lágrimas, y tal vez una verdadera desgracia. La marquesa lloró mucho.... pero sus lágrimas fueron lágrimas de sangre, y por eso juró que por la sangre seria vengada.

Entonces el caballero de Santa Cruz representó delante de ella el papel de consolador, pero ya habia acudido tarde.

El teniente civil se enteró de unas relaciones que la misma marquesa se habia propuesto publicar, y presentándose á su hija, la habló con ternura y confianza, y le suplicó casi á sus pies que rompiese esta amistad con el señor de Santa Cruz.

—Tú amabas á tu marido, él te amaba tambien, dijo el señor de Aubray..... ¿por qué han cambiado vuestras afecciones?

—¿Por qué? exclamó la marquesa lanzando sobre su padre una mirada cruel... ¿Por qué?... ¿A mí me lo pregunta vd?... Haga vd. esa misma pregunta al señor de Brinvilliers... ¿Cómo quiere vd. que yo le explique la mala conducta de su yerno?... ¿Es por ventura á él á quien pretende vd. justificar acusándome á mí?... ¿A su hija de vd., de la cual se ha cansado ya ese hombre?... Y sin embargo... soy yo la que aparezco criminal.

—Si tu marido ha cometido algun error, dijo el teniente civil, será de tal naturaleza, que podrá muy bien perdonarse, al mismo tiempo que tus faltas son imperdonables. Por lo que á mí toca, yo te prometo obrar cual corresponde á un padre de familia, á un magistrado... Recuerda nuestra conversacion de hoy, Margarita, ten presente mis palabras... y tiembra.

Pero una muger como la marquesa era difícil que temblase: sus lágrimas corrían por sus mejillas, pero aquellas lágrimas no procedían de un verdadero dolor... de suerte que rugió como una leona, algunos días despues, al ver que una noche á las nueve rodearon su coche un exento y algunos arqueros, los cuales sacaron del carruaje al señor de Santa Cruz, y le condujeron á la Bastilla, donde permaneció cerca de un año.

La prision del señor de Santa Cruz se habia verificado á instancia del teniente civil; si este desgraciado anciano hubiese invocado la ley, que él tan bien debería haber estudiado y conocer, para poner término á un lazo criminal, hubiera evitado los infortunios de su casa, y no se hubiera buscado la muerte que él mismo se anticipó. Si el caballero de Santa Cruz hubiese sido separado de la marquesa por el medio sencillo de la reclusion, poniendo á esta en un monasterio, no hubiera ido aquel á la Bastilla, ni conocido al hombre execrable que le inició en los secretos de la muerte. El teniente civil temió el ruido que haría en la corte el proceso para obtener la reclusion de su hija, y por eso apeló al medio indicado, y no evitó las consecuencias.... pero al menos fué dichoso en no asistir al desenlace de este drama sangriento.

El caballero de Santa Cruz encerrado en la Bastilla por una causa que no era un crimen de estado, tuvo la libertad necesaria para visitar á otros encarcelados. Uno de ellos, llamado Exili, era italiano y uno de los químicos mas hábiles de su tiempo: el caballero habia estu-

diado esta ciencia con el objeto de perfeccionarse en ella y de hacer importantes descubrimientos: solicitó de Exili el permiso de dejarle trabajar en su compañía; el otro consintió en ello y le transmitió todos sus secretos.

¡Sin embargo, estos secretos eran horribrosos! Exili sobresalía especialmente en la composición de los venenos mas sutiles y eficaces.... Este monstruo parecia ser el heredero de aquel florentino á quien nombraban *el envenenador de la reina Catalina* (1). Bien pronto Santa Cruz comprendió todos los misterios del arte; y cuando al cabo de un año salió de la Bastilla, donde el teniente civil no tuvo la prudencia de retenerle mas tiempo, era ya tan hábil como su maestro, y sin embargo la activa vigilancia de una prision, la falta de instrumentos á propósito y los materiales químicos, no le concedieron mas que una instruccion imperfecta; pero poco despues de su salida de la cárcel, el caballero de Santa Cruz obtuvo la libertad de Exili, al cual dió acogida en su propia casa.

Aquí precisamente comienza la carrera monstruosa que recorrió aquel ser feroz que llevaba el nombre de muger.... Hasta aquí no habia cometido mas que el crimen de adulterio.... pero en tales almas se desarrollan rápidamente los delitos; el caballero supo juzgarla.... es indudable que existe cierta simpatía entre los demonios como entre los ángeles; cada uno revela su natural, y el de la marquesa habia hecho sonreír á Santa Cruz.

No tardó en transmitirle sus secretos, y dieron principio entonces los regocijos propios á seres infernales.... Discípula y cómplice de los dos malvados, esta muger dió principio á su carrera de envenenadora por su mismo padre.... Llegó á ser parricida. Con el semblante tranquilo y arrodillada delante del anciano pidiéndole perdón, fué como le vió tomar el veneno.... Pero ingeniosa, á fin de no dar señal alguna de su perniciosa condición, se encubrió bajo la máscara religiosa, y se confiesa y comulga muy á menudo.... Frecuenta las iglesias, los hospitales, y por todas partes recoge alabanzas y bendiciones. En el hospital de la Caridad, la miserable distribuye bizcochos envenenados que deben ocasionar la muerte en un tiempo dado, y ninguno de los enfermos puede sobrevivir á la violencia de este veneno. Una joven, Marta de Descloseaux, educada con la marquesa, habia venido á ser su doncella; era de carácter dulce, y todos la querian, y la misma señora de Brinvilliers la amaba como ella podía amar. Teniendo que hacer un ensayo de veneno, escogió á esta pobre joven para efectuarlo, y le dió una lonja de jamon con este veneno, pero como era nada mas que un ensayo, no conocia el efecto, y Marta no murió, pero la infortunada estuvo largo tiempo enferma, muy próxima á morir, y jamás pudo recobrar su primitiva salud. La marquesa conoció el defecto del veneno, aumentó su fuerza, y esta misma composición fué la que dió á su padre en una taza de caldo; ella misma se lo dió en Offemont, su casa de recreo, situada en las inmediaciones de París.

La muerte de Mr. de Aubray no escitó la menor sospecha; su hijo Antonio de Aubray le sucedió en su empleo y en la proscripción pronunciada por el monstruo que les daba el nombre de padre y hermano. La marquesa, para no temer ninguna entrevista, le dió un ayuda de cámara que habia pertenecido á Santa Cruz. Este hombre, llamado Hamelin-Lachaussée, conocia todos los secretos de los infames asociados, y sabia hasta administrar sus venenos segun las dosis prescritas. Este fué el encargado por la marquesa para envenenar á su hermano, quien lo verificó dándoselo en vino de Borgo-

ña que el teniente civil bebía con preferencia; pero la combinación del vino y el veneno puso el brevage tan amargo, que el teniente civil no le pudo beber. Lachaussée, lejos de inmutarse se disculpó (1), aun cuando no se atrevió á insistir en su proyecto en aquel momento. Pero dos años despues se pronunció de nuevo su sentencia de muerte, y esta vez obtuvieron sus enemigos lo que deseaban. Mr. de Aubray y su hermano, consejero del Parlamento, fueron á pasar algunos dias á aquella misma quinta donde su padre habia sido muerto por su hija.... se sirvió en la comida una tortuga envenenada. A esta comida asistieron seis amigos de los dos hermanos, y todos murieron.... El teniente civil sucumbió despues de algunas semanas de horribles sufrimientos.... habia muerto ético. La autopsia de su cadáver reveló la causa de su muerte, pero no recayó la menor sospecha sobre su hermana.... ¿Quién podia juntar el nombre de hermana al de asesino?

Lachaussée se puso luto por su amo y pasó al servicio del consejero del Parlamento, el que mas robusto que su hermano vivió seis semanas mas, pero al fin tambien murió tísico; este fatal veneno iba á buscar el fuego de la vida hasta en el fondo del corazon (2). Exili habia partido de Francia dejando á sus discípulos en el crimen una provision de veneno; parecia que este hombre era un demonio que habia salido del infierno con la esclusiva misión de matar y destruir. El tiempo que siguió á esta partida fué en el que la marquesa y Santa Cruz se entregaban á los mas grandes excesos de venganza. Los dos hermanos de la marquesa fueron doblemente condenados, por el caballero de Santa Cruz, que vengaba, como lo habia hecho con el padre su año de cautiverio, y la marquesa era á la vez estimulada por la venganza y la necesidad del crimen, que ya se habia convertido en una insaciable sed de sangre. En fin, se pronunció la sentencia del marqués de Brinvilliers en una de aquellas conferencias que tuvo con Santa Cruz, de las cuales jamás se iba la marquesa sin haber señalado una victima....

Pero Santa Cruz mas temia á esta muger que la amaba; tenerla por compañera era un pensamiento que le estremecía, que helaba su corazon, y retrocedió delante de semejante union, y por la primera vez combatió un crimen.

La marquesa no quiso encomendar á nadie la tarea de dar muerte á su marido; esta muger le hizo tomar una taza de chocolate, dentro de la cual iba la misma pocion que habia dado á su padre, pero un grado mas fuerte, y esperó sonriendo el efecto del maldito brevage.

Pero debia ser nulo; Santa Cruz habia decidido que el marqués de Brinvilliers viviera para *guardar* su compañera: superior á la marquesa en el arte de dar muerte, no solamente conocia las virtudes del veneno, sino tambien lo que le combatia: dió, pues, al marqués un contraveneno que destruyó la obra infernal de la marquesa; esta palidecia de rabia viendo vivo todas las mañanas á aquel á quien queria ver *disfrutar* el sueño de la eternidad.... Duplicó la dosis; pero todo en vano. Entonces cambió de veneno, y consultó á Santa Cruz, como á la persona mas interesada en el éxito del crimen: fué dada la muerte bajo esta nueva forma y de nuevo combatida por Santa Cruz, y de este modo en-

(1) Supuso que habiendo tomado una medicina, se habia servido de este vaso, el cual no habian fregado bien, y pidió perdón á su amo, quien se lo otorgó, mas este perdón fué pedido en tales términos, dicen, que esta circunstancia hubiese bastado á Mr. de Aubray para advertirle el peligro que corria su existencia.

(2) El consejero del Parlamento dejó en un testamento á Lachaussée trescientas libras de renta, que equivalia á 700 francos de la moneda actual de Francia.

(1) Catalina de Médicis. Este hombre envenenaba en una naranja, en una flor, en una carta, etc.



venenado y desvenenado el marqués todos los días sobrevivió a su esposa.

Pero el cielo debía al fin cansarse de tantos crímenes... y Santa Cruz fué su propia víctima. Trabajaba un día en su laboratorio en la confección de aquellos venenos sutiles que dan la muerte en una carta ó en la aproximación de un objeto á la persona condenada. Las emanaciones de este veneno estaban de tal modo desleídas, que Santa Cruz estaba obligado, mientras trabajaba, á ponerse una máscara de cristal: de repente esta se desata y cae, y Santa Cruz quedó ahogado en aquel momento. Como no tenía ningún heredero ni pariente conocido, el comisario del barrio penetró en la casa é hizo una especie de inventario: debajo de la cama del caballero encontraron una cajita envuelta en papeles, sobre la cual estaba escrito lo que sigue:

«Suplico humildemente á aquellas personas en cuyas manos caiga esta cajita, la depositen en manos de la marquesa de Brinvilliers, que vive calle nueva de San Pablo; con el bien entendido que todo cuanto contiene le pertenece.... En caso de que esta señora muera antes que yo, quémese esta cajita, así como todo lo que contiene, sin abrirla; y para que no se pretenda causa de ignorancia, juro, *por el Dios que adoro* y por todo lo que hay mas sagrado, que no se espone nada que no sea verdad; pero si por una casualidad se contraviene á mis disposiciones, justas y razonables, cargo su conciencia en este mundo y en el otro en descargo de la mía, protestando que esta es mi última voluntad.—En París á 22 de mayo de 1672.

SANTA CRUZ.»

Mas abajo habia esta nota.

A Mr. Penautier.

Este tal Mr. Penautier era el receptor general del clero.

El comisario, que no conocia mas que su profesion, se burló de la prohibicion de no tocar á la cajita y la abrió. Se encontraron trece paquetes, sobre los cuales estaba escrito:

Papeles que deben quemarse sin abrir los paquetes.

El comisario abrió tambien los paquetes que contenian setenta y cinco libras de sublimado... Allí estaban igualmente todas las cartas de la marquesa, y una oferta de 5,000 libras que hacia á Santa Cruz.

Al saber este acontecimiento la marquesa, justamente asustada, empleó todos los medios posibles para obtener esta cajita que indudablemente la perdia; mas no pudiendo conseguirlo, recomendó este asunto á un abogado y se fugó á Bélgica... Sin embargo, podia libertarse del castigo, pues nada de lo encontrado probaba su complicidad con Santa Cruz: la correspondencia que contenia la cajita probaba únicamente sus relaciones adúlteras con Santa Cruz; pero la mano de Dios que habia arrancado la máscara á Santa Cruz para herirle de muerte en el ejercicio de sus crímenes, condujo tambien á Lachaussée, el ayuda de cámara del teniente civil, á dar un paso que le perdió, lo mismo que á la marquesa. Presentó una petición á la justicia de doscientas pistolas, que dijo le debía Santa Cruz por sus salarios durante siete años. La viuda de Antonio de Aubray, que residia en provincia, tuvo siempre el pensamiento instintivo que este hombre no era extraño á la muerte de su amo, pero ignoraba su residencia. Al saber que habia servido siete años á un envenenador como Santa Cruz, cuya profesion no podia ya ser dudosa, despues de lo

que se habia encontrado en su casa, la viuda de la víctima mandó que prendiesen á Lachaussée. Con efecto, le prendieron, sufrió un astuto interrogatorio, y reveló al instante crímenes, cuya relacion hizo estremecer á los mismos jueces, que no le dejaron acabar. Confesó la muerte de Mr. de Aubray, de sus dos hijos, y todos los horrores cometidos por la marquesa... Se la formó proceso, aunque ausente, y fué condenada á ser decapitada por mano del verdugo.

Al ausentarse de Francia se refugió en Inglaterra, pero las esplicaciones que tuvo con ella el embajador de Francia respecto á su conducta la atemorizaron y sospechó que sería presa: el horror que inspiraba semejante monstruo, nivelaba todas las barreras que imponia el derecho de gentes entre ella y la justicia, y se fué á Bruselas; pero temiendo ser allí tambien descubierta, se encerró en un convento de Lieja; sin embargo fué descubierto su asilo y despacharon á Lieja un comisionado muy astuto con los poderes necesarios para prenderla y para obtener el permiso de la estraccion. Desgrais, que era el nombre de este comisionado, se disfrazó de abate, y se hizo presentar en el convento que ella habitaba. Empleó con esta muger todos los medios posibles y los mas útiles para hacerla creer que habia encontrado en él un verdadero protector y un amigo. La marquesa cayó en el lazo, á pesar del temor que necesariamente debia inspirarle la gravedad de su disposicion: no obstante, este monstruo no confió al supuesto abate ninguno de sus horribles secretos; pero cierto día, Desgrais, habiéndole propuesto dar un paseo fuera de la ciudad, tuvo la imprudencia de aceptar, y apenas llegó á un bosquecillo distante un cuarto de legua de Lieja, se vió rodeada por una compañía de arqueros disfrazados que segundaban á Desgrais, el que habiéndose quitado la peluca y el manto demostró tácitamente á la marquesa que habia sido crédula como un niño, cosa imperdonable á un alma caduca en el crimen. En el momento que la prendieron, marchó Desgrais al convento y se apoderó de todos los papeles de la marquesa, la cual, creyéndose allí perfectamente asegurada, hablaba consigo misma con cierta expansion, que hizo estremecer aun á los mas resueltos, especialmente al leer un legajo escrito por ella misma que se titulaba: *Mi confesion general*. Este cuaderno, dicen las memorias del tiempo y el proceso de Mad. Brinvilliers, que se encuentra en las causas célebres, es el monumento mas monstruoso que puede erigirse para oprobio de la humanidad.... Se reconviene á la misma naturaleza creyendo imposible sea capaz de producir un ser tan infame.... En este escrito la marquesa, despues de acusarse de inauditos atentados, revela que ha incendiado una hermosa casa por via de entretenimiento.... Despues de haber hablado del envenenamiento de su padre, del de sus hermanos, y el de su marido, se acusa de haber dado muerte á uno de sus hijos.

Pero uno de los crímenes producido por la locura mas monstruosa, fué el cometido sobre la persona de un hombre que jamás le habia hecho la menor ofensa, y al cual no conocia antes de darle la muerte.

Estuvo un día en un convento, pues todos los años se encerraba cierto tiempo en uno de los monasterios mas rigurosos de Paris para hacer penitencia.... Esta vez se hallaba en el de la Visitacion; allí rogaba á Dios, cuidaba á los enfermos y asistia á los pobres, y de este modo pasaba por una muger edificante y piadosa.

(La conclusion en el número inmediato.)

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ORIGEN DE LA INQUISICION.

I.

SE ESTABLECE EN EL Languedoc CONTRA LOS ALBIGENSES.

La organizacion de un tribunal especial que tenia por objeto esclusivo el castigo de los hereges y de los enemigos de la fe católica, se estableció en el siglo XIII, y fue motivada por la heregia de los albigenses. Hasta entonces habian sido los obispos los encargados de ejercer estas funciones: el papa Inocencio III comisionó á dos frailes de la órden del Cister, esto es, á Pedro de Castelnau y á Raul, para que predicasen contra los albigenses, cuya mision desempeñaron con un ardor esesivo. Animado el papa con el buen éxito creó inquisidores independientes de los obispos, para que se encargasen de perseguir á los hereges. Nombro por legados apóstolicos al abad del Cister, y á los dos frailes que hemos indicado antes, á los cuales concedió amplios poderes para reducir á los hereges á la fe, y entregar á la autoridad secular á los que se negasen á someterse. Sin embargo, los obispos que perdian asi derechos importantes, el rey de Francia y los barones, asustados con esta nueva institucion, que ademas aumentaba el poder pontifical, se opusieron á la voluntad de Inocencio III; pero los legados, lejos de desalentarse, añadieron doce frailes de su órden y dos españoles, de los cuales, uno era Santo Domingo. Estos sucesos, que dieron origen á la Inquisicion, pasaron por los años de 1208. Poco despues, el ardiente Domingo fundó un órden de la regla de San Agustín, al que Inocencio III encargó predicar contra los hereges; y por último, el papa Gregorio IX organizó el tribunal de la Inquisicion, y confió á los dominicos y á los franciscanos los derechos de inquisidores.

II.

TENTATIVAS PARA ESTABLECER LA INQUISICION EN ALEMANIA.

Los hereges se propagaron bien pronto desde el Mediodía de la Francia á toda la Europa, y la Inquisicion procuró perseguirlos. Primero los papas quisieron establecer en Alemania este temible tribunal: el resultado de las guerras del sacerdocio y del imperio, donde la victoria se inclinaba á favor del emperador, pudo ser cambiado por la Inquisicion, y algunos señores, y el mismo emperador Federico II, se prestaron á su establecimiento en sus estados, pero en vano, porque los pueblos se rebelaban por todas partes, y la perseverancia de los inquisidores, cediendo á la inalterable resistencia de los alemanes, renunciaron con el papa á semejante proyecto.

Es necesario añadir aqui que todos los pueblos del Norte, y especialmente los ingleses, rechazaron siempre la Inquisicion.

III.

LA INQUISICION EN ITALIA.

Desde el año 1221, habiéndose manifestado en Italia

y en la misma Roma sintomas de heregia, Honorio estableció alli la Inquisicion, que despues se propagó por toda la península.

Preciso es añadir para comprender el papel de la Inquisicion italiana, que los papas hicieron esfuerzos incesantes para constituir la unidad de la Italia y destruir en dicho pais la dominacion de los alemanes, ser partidario del emperador era un crimen que la Inquisicion perseguia.

Dijimos que la Inquisicion existió en toda la Italia, pero Nápoles, sin embargo, se resistió constantemente á las órdenes del papa, y no quiso que este tribunal se estableciese nunca dentro de sus muros.

En cuanto á la república de Venecia, despues de haber luchado largo tiempo contra los papas, se vió obligada á someterse á ellos.

IV.

LA INQUISICION EN VENECIA.

Venecia, por su posicion y su poder, estaba enteramente emancipada de la autoridad de la Santa Sede, y se sabe que en el siglo XVI Julio II, que trabajó con tanto ardor para establecer la unidad italiana, creyó deber comenzar su obra domando á Venecia con el auxilio de Luis XII. Venecia se habia negado siempre á admitir la Inquisicion, con el objeto de no dar á los papas el único medio que les faltaba para establecer primero su influencia, y despues su autoridad en el señorío. El senado veneciano resistió á once pontífices, pero Nicolás IV obtuvo del dux Gradenigo, en 1289, que se estableciese en Venecia la Inquisicion. Gradenigo acababa de establecer un gobierno despótico; esperaba que la aristocracia veneciana pudiese servirse de la Inquisicion como de un instrumento político que redundase en provecho suyo; pero en nada le fué útil, y por eso desde entonces, el senado y la Inquisicion estuvieron en perpétua lucha, y la victoria al fin quedó por el senado. Por la constitucion de los 39 artículos (dada en el siglo XVI), el senado limitó tambien el poder de los inquisidores, y se reservó tal autoridad en la direccion del tribunal, que la Santa Sede, que aguardaba que con la ayuda del tiempo Venecia se doblegaria, se equivocó en sus esperanzas. El artículo 4.º de esta constitucion tenia por objeto impedir que los inquisidores pudiesen disminuir la autoridad temporal del principe; Venecia, por interes á su comercio, tuvo el cuidado de poner á los judios y á los griegos al abrigo de las persecuciones de la Inquisicion (arts. 24 y 25); en fin, no dejó al Santo Oficio mas que el derecho de juzgar en materias de heregia propiamente dicha, bien determinadas, y reducidas á seis que aparecen estipuladas en el artículo 33.

V.

LA INQUISICION EN FRANCIA.

La Inquisicion ha existido primero en el Languedoc como ya lo hemos dicho; pero entonces el Languedoc, ó condado de Tolosa, era un pais independiente de los re-

yes de Francia, y que no se reunió á su dominio sino bajo el reinado de Felipe el Atrevido. La Provenza, donde se habia establecido la Inquisicion, acababa de pasar á Cárlos de Anjou, hermano suyo; y parecia que existiendo en el Sud de la monarquía, debía estenderse fácilmente su autoridad á la parte septentrional; pero el espíritu de la universidad de Paris, las ideas del clero francés, y la voluntad de los reyes detuvieron á los inquisidores, y la conducta religiosa de Francia durante todo el siglo XV obligó á la Inquisicion á abandonar el Languedoc y la Provenza.

En el siglo XVI, los progresos del calvinismo en Francia hicieron pensar á los Guisas que se podria restituir fácilmente la Inquisicion, de la cual esperaban tambien servirse como de un poderoso instrumento politico. El rey de España los animaba, lo mismo que el papa Paulo III; despues de la conjuracion de Amboise, el cardenal de Lorena propuso á Francisco II el establecimiento de la Inquisicion; pero el canceller Hospital, promulgando el edicto de Romorantin (1560) que atribuía á los obispos el conocimiento de los crímenes de heregia, destruyó los proyectos de los Guisas.



UNA ESCENA EN LA INQUISICION. COPIA DE UN CUADRO POR ROBERTO FLEURY.

VI.

LA INQUISICIÓN EN ESPAÑA.

La existencia de la Inquisicion en España data desde 1232: la encontramos primero establecida en Tarragona y en Cataluña. La orden de los dominicos se esparció pronto por toda España; los hereges albigenes, begardos y otros, fueron perseguidos con ardor, y numerosos autos de fe se verificaron durante el periodo del siglo XIV en el reino de Aragon. Solo el Santo Oficio no parecia haber ejercido en Castilla su terrible ministerio hasta el reinado de Isabel.

Por los siglos XIV y XV, la España se encontraba inundada de judíos y mahometanos; la residencia de estos extranjeros, sus riquezas, sus relaciones con los granadinos y con los pueblos mahometanos de Africa, causaron temor á los españoles y sucedieron varias conmociones, en las cuales fueron degollados millones

de judíos; para escapar de la muerte, mas de cien mil familias judías adoptaron en apariencia el cristianismo. Estos nuevos cristianos llamados *marranos* demostraban con frecuencia sus ardides, y para obligarlos á permanecer fieles á su nueva religion, Fernando V resolvió someterlos al juicio de la Inquisicion. Torquemada, prior de los dominicos de Sevilla, obtuvo el permiso para establecer la Inquisicion en Castilla, y desde entonces los *marranos* fueron tambien perseguidos por los inquisidores.

En 1483 fué constituida la Inquisicion de España por medio de una bula del papa Sixto IV, y confirmada mas tarde por el papa Inocencio VIII. Tomás de Torquemada fué nombrado gran inquisidor; todas las provincias españolas fueron sometidas á su autoridad; se creó un consejo general, llamado Consejo de la Suprema, y en 1481 la junta inquisitorial de Sevilla publicó un código con 28 artículos, bajo el titulo de *instrucciones*. De este modo constituida la poderosa Inquisicion su-

perior al mismo soberano, vino á ser un instrumento, del cual supieron servirse los reyes para establecer la unidad religiosa de España, matando ó espulsando á los judíos, á los moriscos y á los luteranos; para abatir el poder feudal, y establecer la monarquía absoluta, y para destruir los privilegios de las ciudades, de las corporaciones y de las distintas órdenes de caballería.

Los principales actos de la Inquisición son: la espulsión de los judíos en 1492; la espulsión de los moros de Granada en 1502; la espulsión de los moriscos en 1609; cuyas tres emigraciones en masa quitaron á España mas de cuatro millones de habitantes ricos é industrioses. Se cuentan, dice Llorente, desde 1481 hasta 1808, 34,658 individuos quemados vivos, 18,019 quemados en efígie (esto es, muertos en la prisión antes del auto de fé, condenados despues de su muerte y cuyos cadáveres iban al suplicio), 288,214 condenados á galeras ó á prisión. Total 340,921 individuos castigados por la Inquisición.

De este número, Torquemada, en el término de diez y seis años, hizo quemar vivos 10,220, en efígie 6,810, y condenó á prisión á 97,371. En una palabra, solo Torquemada ha condenado 114,231 individuos, es decir la tercera parte del número total de las víctimas del Santo Oficio.

Felipe II estableció la Inquisición en todos los países que le pertenecían: en Sicilia (1512); en los Países Bajos en 1566, en Cerdeña, en Lima, en Cartagena y en Méjico en 1570, y tuvo insurrecciones contra el Santo Oficio en todos estos países; su establecimiento en los Países Bajos ocasionó la pérdida de Holanda; mas en todos los demas puntos triunfó Felipe II.

En el siglo XVIII, durante el reinado de la casa de Borbon, casi dejó de obrar la Inquisición; bajo el

reinado de Carlos IV no se quemó á nadie, y solamente 42 individuos fueron condenados á prisión. En 1808, Napoleon abolió este tribunal, pero en 1815 le restableció Fernando VII; mas fué de nuevo destruido por la revolución de 1820. Las colonias españolas se emanciparon del Santo Oficio al mismo tiempo que la metrópoli.

VII.

LA INQUISICION EN PORTUGAL.

En 1326, un monge dominico, portador de un breve supuesto del papa Paulo IV, se presentó á Juan III, y le entregó el breve en el cual se le mandaba el establecimiento de la Inquisición en Portugal. Créese este tribunal, y persiguió á los judíos del mismo modo que en España; pero habiéndose descubierto despues el engaño del fraile le condenaron á galeras, mas por esto no fué destruida la Inquisición. Despues la conquista de Portugal por Felipe II le dió nuevo vigor, y le sirvió poderosamente para consolidar allí su dominación. Despues de la revolución de 1640, Juan IV disminuyó la autoridad de la acción de la Inquisición; pero el Santo Oficio supo bien pronto recuperar su poder, y á la muerte de Juan IV la Inquisición escomulgó su cadáver.

Desde Portugal, pasó el Santo Oficio á las Indias; establecióse en Goa en 1536, y persiguió á los protestantes, á los judíos y á los mahometanos convertidos, que eran sospechosos de haber abandonado la fé.

Atacada ya en el siglo XVIII la Inquisición, fué destruida en Portugal durante la ocupación de este país por los franceses, y en el día puede decirse que no existe ya en ninguna parte.

M. P.

ESTUDIOS DE VIAGES.

LAS CHINAS.

(Conclusion). (1)

Ya te he dicho que las mugeres no se separan del aposento interior, y me preguntarás sin duda; Pero ¿cómo pueden las señoras hacer sus compras? Mas á esto me han respondido los libros: que el comercio en que las mugeres europeas tienen tan gran parte está enteramente prohibido en la China; jamás aparecen en las tiendas, ya para vender, ya para comprar, pues esto repugnaria demasiado á las costumbres del país. Por eso se ve en las calles una cantidad prodigiosa de vendedores que llevan á las casas todo cuanto hace falta á las necesidades de la vida. Esta industria es muy útil, especialmente para las pobres gentes que no permiten que salgan sus mugeres, y que carecen de esclavos para enviarlos á los mercados públicos.

He encontrado algunos pormenores respecto á las familias de los soldados en China, y me han parecido bastante interesantes para no reclamar que fijas sobre ellos tu atención.

Los defensores del celeste imperio están casi todos casados; habitan estramuros de la ciudad, en grandes

casernas, donde cada soldado posee su habitacioncita de cerca de diez pies en cuadro. A la entrada de estas casas hay un patio y detrás un jardín, y todo esto guarda proporcion con las dimensiones del edificio. Estas casas están las unas separadas de las otras por medio de una pared de siete á ocho pies de elevación, con el objeto de que no puedan ser vistas las familias en la libertad de sus quehaceres domésticos, porque en este bello país es un crimen levantar los ojos para mirar la muger de otro; á fin de completar estos cuadros interiores, querida Eugenia, insertaré un trozo traducido del chino por un padre misionero.

EL APOSENTO DE LAS MUGERES.

«En vano el aposento de las mugeres es inaccesible á las miradas de los estraños; si se introduce allí el desorden, el ruido se propaga á lo mas lejos con la rapidez de la flecha; ó mas bien como un incendio devorador, del cual aquellos que no pueden ver la llama distinguen el humo desde lejos.

«El trabajo es el guarda de la inocencia de las mugeres; jamás las deja tiempo para estar ociosas. Todo el año son las primeras en levantarse y las últimas en acostarse.

«Una hija debe estar tan cerca de su madre, como su propia sombra. La modestia y el silencio, la dulzura y la timidez, son el verdadero adorno de su belleza.

«Nada es vil en el interior de la casa para una mu-

(1) Véase el número anterior.

ger juiciosa: la calceta y la aguja ocupan todo su tiempo de reposo, y se vanagloria, bien en preparar la comida, bien en asistir á un enfermo.

«A nada se niega; se presta á todo: tan pronta se manifiesta para pedir un consejo, como tímida para darle: su boca se cierra si ha de emplearse en algo que disminuya la gloria de los demás, ó aumente la suya.

«Se rie y se alegra á propósito, pero aun cuando esté entregada á la mayor alegría, su voz hace muy poco ruido: la de una jóven debe hacer menos todavía; hablar alto es un defecto muy grande para ella.

«Las perlas y las pedrerías, la seda y el oro con que se adorne, es un barniz trasparente que contribuye á demostrar mejor sus defectos: todos los siglos lo han dicho, el candor y la virtud son el adorno mas interesante de la muger.

«Se adivina lo que será una jóven en la casa de su esposo, viendo lo que es en la de su padre.

«Una mirada orgullosa é imperiosa revela una gran soberbia en una jóven. Mientras mas pretenda demostrar talento revelando los defectos de los otros, mas descubre un fatal secreto... el de un mal corazón.»

¡Qué lecciones tan sábias! ¡Qué consejos tan útiles!

Temo una cosa: segun la pintura que acabo de hacerle de la educacion, ó mas bien, de la falta de educacion de mis pobres chinas, puede acaso que te las representes como mugeres desnudas de imaginacion, incapaces de comprender los bellos pensamientos y las buenas obras. Pero, no; no albergues respecto á ellas este sentimiento injusto, puesto que sabes bien, que no es en medio de los goces del mundo donde las facultades de la inteligencia se desarrollan mejor: para engrandecerse es preciso calma y el silencio del retiro.

Entre las mugeres de la flor del Mediodia (este nombre dan los chinos á su pais), entre estas mugeres, aquellas que tienen un poco de instruccion, comprenden como tú, que el mas precioso de los encantos del aislamiento es el estudio.

Retiradas en el aposento misterioso, no tienen necesidad de esperar otra cosa que llegar á la edad, en que los placeres del mundo ofrecen pocos atractivos á las mugeres, para buscar distracciones en la cultura de las letras. Esta es la recompensa merecida de las virtudes que ejercen; mas es preciso entender, que no trato hablar aquí sino de los talentos escogidos, de aquellos que se encuentran en todas partes, cualquiera que sea el obstáculo que las costumbres del pais opongan á su desarrollo.

La China posee tambien sus Avellanedas, sus Carolinas Coronados; pero de todas las mugeres ilustres del celeste imperio, que se distinguen por una inteligencia superior, y por un gran talento literario, ciertamente la mas célebre es la sabia Pan-Hoei-Pan.

Su obra principal fué compuesta para edificacion de las personas de su sexo; encierra una moral tan pura, tan santa, que se debia proponer por modelo, no solamente para las chinas, sino tambien para todas las mugeres del universo.

Pan-Hoei-Pan nació en Fon-Song-Hien, ciudad de tercer orden de la provincia llamada Chen-Si.

Su familia, que desde muchas generaciones contaba magistrados en el orden civil, y oficiales en el orden militar, gozaba una mediana fortuna, y una reputacion de integridad, que la hacian marchar al par con las mas grandes del imperio.

Desde su infancia, Pan-Hoei-Pan, poseia las cualidades que en cierto tiempo debian labrar su dicha, y asegurar su celebridad. Se notaba en ella una aplicacion infatigable en todos los trabajos que se la confiaban, un talento observador y penetrante, y sobre todo, una sumision llena de dulzura á la voluntad de sus padres. Los diferentes nombres que llevó antes de su

matrimonio, forman el elogio de su talento y de su carácter. Primero se llamó *Tehao* que significa Esplendor del sol. Sus contestaciones prontas y agudas, pero dadas siempre con la timidez conveniente á su sexo y edad, la valieron este primer nombre de su infancia. Las palabras llenas de fuego, pero sin embargo, sensatas y de mucha razon de que se valia cuando daba cuenta de sus estudios, la escusiva limpieza de su vestido, y la modesta gracia de todo su aspecto, la grangearon en seguida el sobrenombre de *Hoei-Pan*, es decir, la que embellece la verdad con los encantos del talento, y que todo lo dispone con orden. Por último, se la dió tambien el nombre de *Ki* (completa), para denotar que reunia la sabiduria á la hermosura.

En vez de entregarse al juego, como las demás niñas de su edad, Pan-Hoei-Pan se retiraba al sitio mas apartado de la casa, lejos de la habitacion de las mugeres. Aquellas prolongadas ausencias causaron con frecuencia vivas inquietudes á su madre.

Su padre que tenia vehementes deseos de indagar la causa que la inspiraba tanto gusto á la soledad, la siguió un dia ocultamente á su desconocido retiro.

Era este un cuarto próximo al de sus hermanos: allí la encantadora niña, acurrucada junto á la puerta que facilitaba la comunicacion entre ambas habitaciones, escuchaba con avidez las lecciones que los sábios maestros daban á sus discipulos, y para conservar mejor lo que podia escapársela de la memoria escribía con rapidez mientras que el profesor hablaba. Fácilmente puede comprenderse la sorpresa de su padre. Enagelado de admiracion y de gozo se acercó á Hoei-Pan que al verle bajó la cabeza, se ruborizó y quedó confusa como si hubiese cometido alguna falta; pero aquel bondadoso padre la tranquilizó al punto y la prometió recompensar tanta aficion al estudio.

En efecto, algunos dias despues colocó á su lado una muger de mérito, para que la instruyese en las escasas nociones de la ciencia y de la literatura.

Sin embargo, como la intencion de los padres no era que su hija fuese una literata, pensaron bien pronto en elegirla un esposo digno de su nacimiento y de sus preciosas cualidades. Asi fué que en cuanto llegó á la edad de catorce años la casaron con un jóven llamado Tsao-Ché-Chou, hijo de un célebre magistrado.

Al entrar en aquella familia estraña Pan-Hoei-Pan, deseosa de hacerse amar, manifestó la mayor dulzura, deferencia y tierna solicitud para con su suegra, y la mas estremada amabilidad y sumision con su marido. El gobierno de la casa fué uno de sus primeros cuidados, y si dedicó algunos momentos á las letras fué únicamente por complacer al que habia prometido obediencia y amor.

Cuando llegó á ser madre, celosa de cumplir por si sola los deberes que impone la naturaleza, fué la nodriza de sus hijos, y mas tarde cifró toda su ventura en consagrarse enteramente á su educacion.

En fin Pan-Hoei-Pan habia sabido merecer toda la ternura de su esposo, cuando le fué arrebatado por una muerte casi repentina. Inconsolable con tan cruel pérdida, se retiró á casa de su hermano Pan-Kou, en donde buscó alivio á su dolor cultivando las letras.

Pan-Kou era historiógrafo del imperio. Las luces de su hermana le fueron de tan poderoso auxilio en las obras científicas que emprendió, que no se desdén de asociarlas á sus trabajos. Como era justo y reconocido, no queria para si solo una gloria de que pertenecia á Pan-Hoei-Pan una buena parte. Asi es, que cuando en el tribunal de los literatos leia una composicion nueva, mandada por el emperador y escrita por Hoei-Pan, no dejaba de decir: «Ese artículo que tanto admirais no es mio: pertenece enteramente á la pluma de mi hermana.»

De este modo, aunque vivía muy retirada, su fama se extendía ya hasta el palacio imperial.

Una nueva desgracia vino a hacerla derramar lágrimas muy amargas. Perdió a su hermano, aquel compañero querido de sus estudios, aquel sincero amigo a cuyo lado pensaba terminar pacíficamente su existencia. El desventurado Pan-Kou se comprometió en una conspiración contra la vida del soberano, y se ahorcó en su prisión.

El emperador se afligió mucho por la pérdida de un sábio que debía ilustrar su reinado, y habiéndole hablado sus ministros del talento de Pan-Hoei-Pan, mandó a esta que concluyese las obras de su hermano, para que se presentasen al público, y fuesen recibidas con el respeto debido a los libros publicados por orden del gobierno.

Para la pobre viuda fué tarea dulce y piadosa, el participar de la gloria de un hermano, a quien tan tiernamente había amado. La desempeñó con tan buen éxito, que el emperador para recompensarla la dió habitación en el palacio, y creó para ella la plaza de maestra de poesía de la emperatriz, que aunque muy jóven todavía, se mostraba deseosa de saber. Para colmo de sus bondades, concedió a Pan-Hoei-Pan la gracia de llevar el nombre de *Tsao*, que era el de su marido, gracia de que se ven muy pocos ejemplares en China, en donde las mugeres conservan el nombre paterno. Además la condecoró con el título de *Ta-Kia*, (muy grande en su familia), de manera que después ya no se la llamó mas que *Tsao-Ta-Kia*, que quiere decir: «la persona que llevando el nombre de *Tsao*, ha sido la mas grande en su familia.»

Habiendo llegado a ser el oráculo de la corte en las cuestiones literarias, lejos de envanecerse Pan-Hoei-Pan, fué cada vez mas modesta. Aunque poseía una erudicion profunda, un gusto esquisito, una imaginacion brillante, y en fin, todas las cualidades que constituyen un escritor de primer orden, quiso mas emplear sus talentos en hacer valer las obras de los otros, que componerlas por su propia gloria.

La única que vió la luz pública con su nombre, durante su vida, se titula: *Niu-Kie-Tsi-Pen*, ó *los Siete capítulos de los deberes de la muger*. Aunque comprendió la utilidad de su obra, su natural timidez no la permitió publicarla sin someterla antes a la critica de un hombre superior. Confió, pues, su manuscrito a un sábio y grave personage llamado Mayoung. Habiendo leído este los siete capítulos, quedó tan admirado, que sin aguardar a que se imprimiesen sacó una copia por su misma mano, y mandó a su muger que se aprendiese de memoria aquella obra maestra, hecha, decia él, para conducir a la perfeccion a las personas de su sexo.

Bien pronto los ministros, los magistrados y los literatos, agregados al servicio de la corte, imitaron su ejemplo y se apresuraron a copiar el precioso manuscrito, del cual se prometían sacar grandes ventajas para la paz y la felicidad de las familias; porque creían con razon, que teniendo de este modo las mugeres presente en el pensamiento aquella regla de su conducta, no podrían jamás separarse de ella.

Pan-Hoei-Pan murió de edad de setenta años. Fué general la tristeza en el palacio, y queriendo la emperatriz dar una prueba evidente de su sentimiento, llevó luto por la que había mirado siempre como su madre.

El emperador para honrar dignamente su memoria, arregló por si mismo la ceremonia de sus funerales, que se celebraron con extraordinaria magnificencia, y después de su muerte la confirmó el título glorioso de *Ta-Kia*, como un recuerdo de la belleza de su gloria y de su inmenso saber.

Otra muger célebre, Ting-Chi, nuera de Hoei-Pan,

hizo su elogio fúnebre, que nos ha sido conservado. Recogió todos los manuscritos de su ilustre suegra para darlos al público, ó mas bien a la inmortalidad.

Iba a copiarle aquí algunos fragmentos del célebre libro de la ilustre escritora china, pero desisto de la idea por no dar mayor estension a esta carta y por que en realidad ¿a qué conduciria esto? ¿No tenemos nuestras madres, nuestras bondadosas madres?..... ¿No cifran toda su ambicion en hacernos tan perfectas como podemos llegar a serlo? ¿Y qué sabias máximas hablarían mejor a nuestro corazon que sus tiernas observaciones y el ejemplo de sus dulces virtudes?

No quiero concluir, mi querida amiga, sin decirle al menos algunas palabras acerca de una muger que no es menos ilustre que Pan-Hoei-Pan. Si la una asombró a los hombres por su inmenso talento, la otra se atrajo su admiracion por su caridad evangélica. Quiero hablar de Candida, una de las primeras chinas que se convirtieron a la religion cristiana. Su abuelo que se llamaba Sui, era un mandarin muy apreciado del emperador. Habiendo tenido la dicha de hacerse bautizar, tomó el nombre del apóstol San Pablo, y en efecto, llegó a ser el verdadero apóstol de la fé en la China.

Aunque entonces era el tiempo de las persecuciones, se vanagloriaba de profesar el catolicismo, aun en el centro del palacio imperial; y en varias ocasiones se declaró protector de los que acudían desde tan lejos, y arrostraban tan grandes peligros, para llevar la palabra de Jesucristo.

Cuando murió el padre Juan de la Rocha, que le había bautizado, Pablo Sui, el letrado convertido, hizo que toda su familia vistiese luto como si hubiese perdido un pariente que le fuese muy querido. Otra vez el celo y la piedad de este santo varon se manifestaron de un modo muy notable. Habiéndole llevado un misionero una carta que el cardenal Belarmino escribía a los fieles de Oriente, no quiso nunca recibirla sino después de ponerse el traje de su dignidad, y de prosternarse tres veces en tierra, como se hace ahora en presencia del emperador, porque le parecia un deber tributar a uno de los mayores dignatarios de la iglesia, los honores que con tanta prodigalidad se conceden a los soberanos de la tierra.

El fervor de este grande mandarin, se perpetuó en su familia: su nieta Cândida, que desde su infancia había sido tocada por la gracia del Señor, quiso seguir sus huellas por el camino de la salvacion.

Cuando aun no tenia mas que catorce años, perdió a su madre, muger piadosa que la había dado la mas santa educacion. En cuanto llegó a los diez y seis años, la casaron con un hombre de gran mérito llamado Hiu, pero que todavía vivía en las tinieblas de la idolatria.

El deseo incesante de Cândida era la conversion de su marido, por manera que continuamente le hablaba de las bellezas de la religion cristiana. Su piedad era tan sólida, tan ilustrada, y su dulzura y humildad tan perfectas, que movido por las virtudes de que eradeadora a las luces de la fé, su marido pidió y recibió el bautismo.

Viuda a la edad de treinta años, Cândida se consagró enteramente a la gloria del Señor. Sin tocar a los bienes de sus hijos encontró en sus ahorros y en el trabajo de sus manos, una suma suficiente para hacer construir treinta capillas en su pais, y otras nueve en diferentes provincias del imperio. Con arreglo al número se comprende muy bien cuan grande debía ser la sencillez de los lugares consagrados al culto divino. Cândida tenía toda su felicidad en desempeñar la tarea que se había impuesto en este mundo: en cuanto los cristianos, chinos ó europeos sometían a su recto juicio algun piadoso escrito, cuyas persuasivas instrucciones podían

enternecer el corazón de los infieles, se apresuraba á hacerle imprimir á su costa, y después lo repartía secretamente por las casas de los gobernadores, letrados, y magistrados que todavía no habían abjurado sus errores.

Basilio, hijo de esta generosa cristiana, fué nombrado gobernador de los apostaderos de marina. Prosiguiendo su noble objeto, quiso acompañarle á las diversas regiones adonde le llamaba su servicio. En donde quiera que encontraba la idolatría, la combatía animosamente, ya enviando misioneros á instruir y bautizar los idolátras, ya erigiendo capillas para la celebración de los oficios divinos. Cándida no ignoraba que la miseria obliga con frecuencia á los pobres á abandonar sus hijos en el momento que nacen. Un alma como la suya no podía conocer el mal sin tratar de prevenir sus tristes efectos, por lo que se apresuró á emplear el crédito de su hijo con el virey de Soa-Tcheou, para conseguir la autorización de fundar un establecimiento para recibir los niños espósitos, y proporcionarles nodrizas. El virey no se opuso á esta buena obra, y se llevó á cabo el proyecto. Hay en China un gran número de ciegos; la mayor parte de los atacados de esta cruel enfermedad, no tienen mas medios para subvenir á su subsistencia, que recorrer las calles y plazas públicas prediciendo el porvenir á un pueblo supersticioso. Llena de compasión por aquellos infelices, y horrorizada de las criminales preocupaciones que propagaban, Cándida pensó que podría conducirlos a dedicar á la gloria del Señor el tiempo que empleaban en perjudicar á los otros y á sí mismos. Hizo que se la presentasen un gran número de ellos; primero socorrió su miseria; después los instruyó en la doctrina del cristianismo, y les mandó que fuesen por la ciudad,

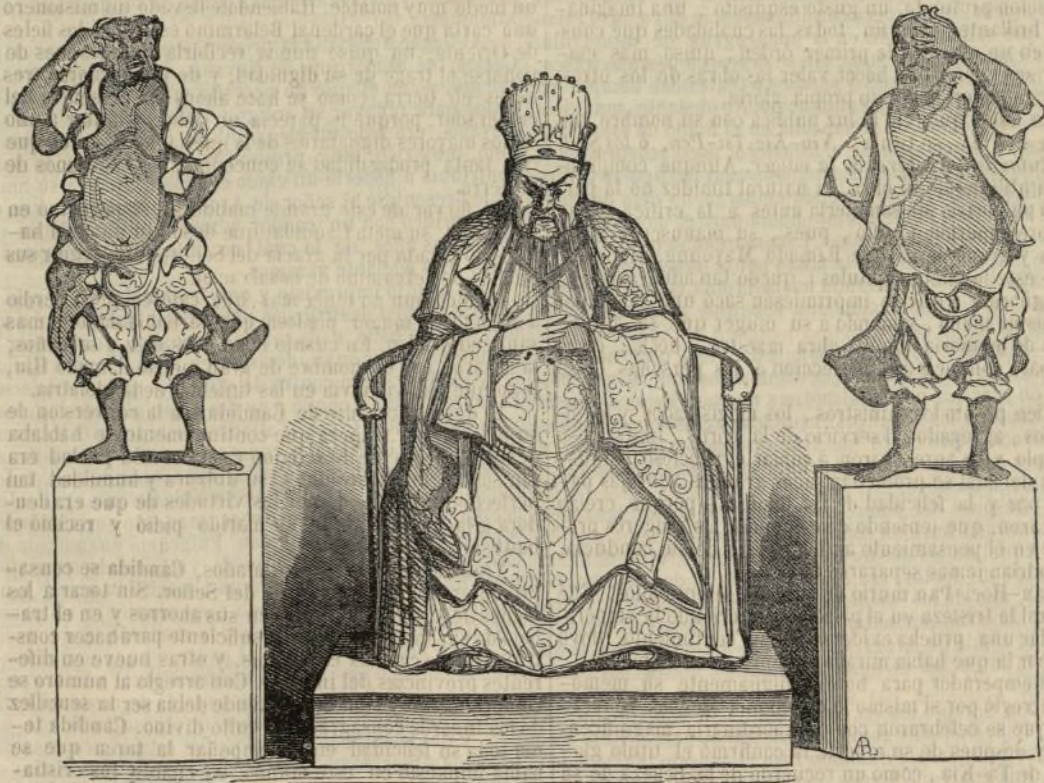
reuniesen al pueblo y en vez de entretenerle con relaciones falsas, le enseñasen la ley de Dios, y le invitasen á convertirse.

Algunos años antes de la muerte de esta santa mujer, el emperador para manifestarle el aprecio que le inspiraban tan brillantes cualidades, la hizo dar el título de *Chougin*, (persona casta) además la envió un magnífico vestido bordado de seda, guarnecido con láminas de plata, y un aderezo de perlas y pedrería. Cándida recibió con un profundo respeto y afectuoso reconocimiento el rico regalo de su soberano; se complació en ponérselo el día de sus cumpleaños, pero al día siguiente quitó del vestido la plata y la pedrería de su aderezo para emplearlas en socorro de los pobres y en el adorno de los altares. Cuando llegó su última hora, vió acercarse aquel terrible momento que debía hacerla pasar á la eternidad, sin el menor temor, y recibió los sacramentos con la fé mas viva y la ardiente esperanza de verse en el cielo eternamente unida al que tanto había amado y tan bien había servido en la tierra.

La muerte de Cándida entristeció todos los corazones: los pobres la lloraron como á una madre, los nuevos cristianos como el modelo de todas las virtudes evangelistas, y los misioneros como un apoyo seguro en las persecuciones que tenían que sufrir.

Espero amiga mía, que ahora te interesarás en la suerte de las pobres chinas; así, cuando uno de los ministros de Dios vaya á reclamar tu ofrenda para la infancia abandonada te apresurarás á ponerla en sus manos, no solo por dulcificar la suerte de los desgraciados, me parece muy natural á tu corazón, sino tambien por que pensarás que tal vez te deban á ti la vida una Pan-Hoei-Pan ó una Cándida.

AGUSTINA MASON.



ESCULTURAS CHINAS.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

HERIR POR LOS MISMOS TILOS.

El verano último, y en una mañana que parecía precursora de un día claro y hermoso, pero que participaba de aquella frescura habitual que se experimenta en las inmediaciones de las costas, un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad, se paseaba lentamente por las pintorescas márgenes del Guadalquivir, en Sevilla, parándose de vez en cuando y dirigiendo frecuentes y detenidas miradas á la parte opuesta del río, para fijar su atención, bien en el convento de los Cartujos, hoy convertido en fábrica de loza, bien en la estensa llanura llamada de los Remedios, que brillaban como un vasto panorama á los reflejos del despejado y brillante sol de Andalucía. Que llueva, que ventée, la orilla del río jamás está desierta; por allí se pasean las gentes desocupadas como en Madrid por la Puerta del Sol; sin embargo, no se ven tiendas de magnífica apariencia, ni talleres, ni edificios como el de Correos; el espectáculo allí no es tan variado, pero sí mas entretenido. Bonitos buques de distintas partes del mundo; lanchas, fa-luas, barcos, vapores, y en ciertas épocas algun bergantín; marineros en la playa, en el muelle, sobre las cubiertas de los buques; mucha gente en las barandillas del muelle, que espera con impaciencia el vapor Trajano que salió de Cádiz en la madrugada de aquel día. Los chicos juegan aquí; allí se descarga pescado fresco; en otra parte melones y sandías ó frutas del tiempo; en fin, todo allí es bulla y animación. No obstante, se advierte cierto género de melancolía en el fondo de estas escenas, y especialmente el forastero, poco acostumbrado á todo esto, experimenta una emoción particular y difícil de analizar, pero que, sin embargo, no deja de tener sus encantos; al menos los había para el personaje de que hemos hablado antes. Este marchaba paso á paso, y se detenía, y se volvía acaso por la novena vez, y se encajaba su lente mirando hacia Triana, cuando le separó de su contemplación una voz que al momento le hizo volver la cabeza.

—Servidor de vd., doctor; está visto que no quiere vd. perder su paseito antes de almorzar, y que pone en práctica por sí mismo sus recetas. Espero sentir yo también los benéficos resultados de este paseo, pues el airecillo que corre nos trae un apetito del diablo, y comer es, á la verdad, el primer goce que Dios ha concedido al hombre.

—Después del amor, respondió el doctor lanzando una mirada burlona sobre su interlocutor.

Aquel de los dos forasteros al cual el otro daba el nombre de doctor, era efectivamente el doctor don Serapio, uno de los médicos madrileños de mas fama. Muy holgazán por naturaleza, se dejó llevar á Sevilla por el conde de Arces, del que era amigo, y que llegó con la intención de pasar allí algunos meses para bñarse.

Don Serapio iba en compañía de su hijo, jóven rubio, impresionable como una alemana, pero de un carácter bullicioso y exaltado bajo el aspecto de timidez con que aparecía. Carlos, así se llamaba, educado con la hija del conde, había visto crecer á Clara, y llegar á

ser muger, con aquel orgullo que se experimenta por los progresos de todo lo que nos atañe. Se amaron mucho tiempo como hermano á hermana; mas tarde, esta ternura, lejos de destruirse se aumentó; mas esta transición, fué la de la amistad al amor. Clara no quería á nadie tanto como al amigo de su infancia, y sin embargo, existía en aquella adhesión la placida calma de un afecto que ha madurado, y que está sereno en la superficie, por lo mismo que es profundo. El jóven Carlos parecía que participaba de esta tranquilidad de alma, acerca de la cual, el conde de Arces se engañó, no tomándola por otra cosa, que por una amistad fraternal, cuando la causa era una reciproca confianza. No obstante, Carlos tenía momentos de inquietud: su padre poseía una gran fortuna, y el conde no era muy rico; mas este último, siendo amigo de don Serapio, no consentiría sin repugnancia en dar á su hija á un hombre que no llevase un título de nobleza en casamiento. Por otra parte, estos temores, eran demasiado crueles para que se detuviese en ellos; á la edad de veinte años hay mas lugar en el corazón para la esperanza que para el desaliento, y no se vé el porvenir mas que por el lado mas risueño. En cuanto al doctor, si conoció ó no los sentimientos de su hijo, no puede afirmarse todavía; este no había dicho jamás una palabra respecto á sus proyectos, y el médico jamás pensó en sondear sus pensamientos.

Al llegar á Sevilla la primer persona que encontró Carlos, fué al marqués de Nevalos, compañero suyo de colegio, y con el que no necesitó mas que algunos minutos para renovar su antigua amistad. Fulgencio de Nevalos, era todo un elegante, un jóven de muy buen tono, muy rico, muy presumido é hijo único, lo que contribuía á hacerle un chico completo. Rogó á su amigo le presentase al señor de Arces y á su hija, lo que él otro verificó con un candor y una confianza digna de sus pocos años, de lo cual no obtuvo la recompensa, como mas adelante veremos.

Un asunto imprevisto y que reclamaba un viaje á Madrid, vino á destruir los placeres de quietud del doctor; este no halló nada mas á propósito, que enviar á su hijo en lugar suyo, decisión en la cual no era Carlos muy gustoso, pero contra la que no quiso oponerse. El jóven partió y confió á su amigo su plan de regresar y su amor hacia Clara. Tal vez pensarán mis lectores, que el señor de Nevalos conmovido por esta confianza supo mostrarse digno de ella, abandonando proyectos imposibles en el caso de que ya hubiese intentado algo acerca de la señorita de Arces; mas esto seria conocer muy poco el corazón humano. Fulgencio enamorado de Clara desde el primer día que la vió, cuando supo que tenía un rival, sintió que se aumentaba su amor, y un hermoso día, desechando todo remordimiento, no pensó mas que en la dicha de obtener la mano de Clara, y dirigió una petición en regla al padre, el que no se manifestó por ello enojado. El marqués tenía veinte y seis años y mas de 1,000 duros mensuales de renta; el conde dió su consentimiento antes de consultarlo con su hija, y desde entonces Nevalos, fué recibido en casa del señor de Arces como un antiguo amigo, cuyos títulos se adivinaban.

El doctor veía todo lo que pasaba en su alrededor

con una indiferencia que indicaba la ignorancia presumible en que estaba respecto á los proyectos de su hijo. Hasta parecía apreciar al joven marqués, y aun le gustaba chancearse con él; por la misma respuesta que dió á Fulgencio, se conoce también que las pretensiones del joven no eran un secreto para nadie, y solamente una persona se encontraba lejos de sospechar la traición de que era víctima.

La relación algo estensa que acabamos de hacer, era indispensable; pero volvamos ahora al diálogo de los dos interlocutores:

—Tiene vd. razón, replicó Fulgencio, debemos suponer al amor superior á todos los bienes del mundo, especialmente cuando el objeto que le hace nacer reúne todos los encantos. ¿No es verdad que es hermosa, doctor?

—¿Quién?

—¿Qué pregunta! Clara.

—¡Oh! sí, sí, lo es.

—Es preciso ser médico para espresarse con tanta sequedad. Vd. no tiene la mas pequeña dosis de poesía, doctor.

—No, pero tampoco soy tan seco como vd. dice; sin embargo, volvamos á sus amores. Francamente, ¿está vd. tan enamorado como lo manifiesta?

—Mil veces mas. ¿Es extraño? Se creería que vd. no conoce á la señorita de Arces. ¿La ha mirado vd. despacio?

—Vd. se chancea, amigo mío: desde que nació.

—Pues bien; razón de mas para no conocerla.

—¿Qué ocurrencia!

—Mire vd.; yo he habitado veinte años de mi vida en frente de la catedral de Sevilla, sin quitar los ojos de la Giralda, y ha sido menester para encontrar en ella una maravilla, que un italiano, con el cual tenia mi padre relaciones de amistad, pasara por aquí é hiciese observaciones acerca de este monumento, y me indicara sus bellezas. Vd. doctor, ha hecho lo mismo que yo, ha vivido al lado de un ángel sin conocerle, y es menester que yo le haga el mismo servicio que me hizo á mi el italiano, y que le abra los ojos.

—Ciertamente, Clara es bonita, graciosa, pero....

—No ha observado vd. que frente tiene?

—Sí.

—Y su boca que bonita y que....

—Sí, sí.

—Su mano....

—Sí, sí, sí.

—Sus cabellos, que caen tan graciosamente sobre sus mejillas.

—Sí, sí, sí, sí....

—Y sus ojos... sus ojos... que...

—Alto ahí, dijo el doctor.

—¿Qué tiene vd. que decir?

—Que le detengo.

—¿No son sus ojos hermosos?

—Hermosos! ¿no se equivoca vd?

—¿Cómo!...

—Bien mirado, eso no existe ya, dijo entre dientes don Serapio, y como si hablase consigo mismo.

—¿Qué es lo que no existe ya? preguntó el marqués.

—Sus ojos.

—Sus ojos! ¡Vd. está loco, doctor!

—No señor.

—Piense vd. que ha dicho que sus ojos no existen ya.

—Me he espresado mal. He querido decir que el estado en que se encontraban no es el mismo.

—¡Ah!... me parece que siempre habrán sido los ojos mas hermosos del mundo.

—No cabe duda. Pero tome vd. dos notas de música, y haga vd. que las canten separadamente: una por Mo-

riani y la otra por Rubini, y ambas notas serán tan puras como las primeras del mundo; y sin embargo, acaso estos dos sonidos juntos produzcan una cacofonía muy discordante. Los ojos de la pobre Clara han tenido mucho tiempo este inconveniente.

—Explíquese vd.

—Ahora puedo cometer una indiscreción, pues el mal está reparado; la señorita de Arces tenía los ojos torcidos.

—Vamos, vd. se burla de mí. ¡Ella los ojos torcidos! ¿es posible?

—Hace ocho meses que esto existía todavía.

—¿Como se remedió?

—Con la operación del estrabismo, amigo mío, admirable invención. Vamos, francamente ¿dirá alguno que la señorita de Arces ha sido vizca?

—No señor, contestó Fulgencio cuya revelación le afectó algún tanto.

—No obstante, añadió el doctor, me parece que el ojo derecho gira ahora de otro modo, y que imperfecciona su bonita cara; mas esto es un juego de mi imaginación ¿no es verdad, señor de Nevalos? ¿no ha hecho vd. la misma observación?

—¿Cómo puedo haberla hecho? replicó éste con cierta impaciencia; para eso hubiera sido menester estar yo informado de esa imperfección.

—Confieso á vd., sin embargo, que ese cambio de vista me ha dado que pensar; no puedo acostumbrarme á esta metamorfosis; para mí no es ya la misma muger, ó mejor dicho, es siempre la misma, pues yo no la veo mas que en lo pasado; por mas derechos que estén sus ojos, los veo de otra manera.... Esto explica quizá el por qué Clara con toda su belleza no me parece bella.... Pero eso es distinto para vd. que la ve como es, y me reconvengo por mi injusticia hacia esta querida joven, que á pesar de todo, no tiene necesidad de ser bonita para que yo la quiera.

El marqués parecía no estar muy contento, pues las palabras del doctor afectaron sus oídos como una nota falsa. Despidióse algo bruscamente de don Serapio, que gritó:

—No se vaya vd. tan pronto, señor de Nevalos, pues es la hora de almorzar y tengo un hambre asombrosa, y no hay cosa mejor para llamar el apetito que dar un paseo por la orilla del Guadalquivir.

Pero Fulgencio no pudo ya oír la voz del médico, quien tomó el partido de callarse y de seguir su paseo encogiéndose de hombros.

Pasado algún tiempo el señor de Arces y su hija, así como el doctor, se hallaban sentados á la mesa cuando Nevalos llegó. Balbuceó algunas palabras y se sentó al lado de don Serapio. Comió muy poco; solo un pensamiento le preocupaba y á cada instante lanzaba á hurtadillas una mirada furtiva á Clara, la que no advertía la investigación de que era objeto.

La señorita de Arces era una joven muy linda; el entusiasmo de Fulgencio no había traspasado los límites de lo verdadero; sus facciones tenían una pureza y una nobleza admirables; su tez sonrosada y blanca resaltaba maravillosamente bajo los ondeantes bucles de sus cabellos tan negros como las plumas de un cuervo; todo, hasta sus ojos, era encantador; mas ¡ay! ¡qué desconsuelo había derramado el doctor en el alma del marqués! ¿Cómo esta preciosa cabeza de mirada tan espresiva debía la hermosura de sus ojos al arte? ¿Sin un descubrimiento tan moderno, esta cara tan seductora, tendría una fealdad extraordinaria, sería en fin lo que era hace ocho meses escasos? cuando pensaba en lo pasado se adhería al dictamen del doctor. ¡Qué fantasma! la Clara de otro tiempo aparecía á su vista, y la mirada dulce de la Clara actual apenas bastaba á arrebatarle aquella horrorosa alucinación.

Después del almuerzo la joven pasó á sentarse al lado de uno de los balcones del salón; su padre abrió el otro, mientras que don Serapio y Nevalos, recostados en los lados opuestos de un diván, permanecían quietos y sin dirigirse una palabra. En fin, Fulgencio se acercó de pronto al oído del médico, y le dijo en voz baja:

—Con efecto, doctor, soy del parecer de vd.

—¿De qué parecer?

—Mire vd. á la señorita de Arces.

—Bien; ya la miro.

—Pues bien; vd. tiene razón; su mirada tiene cierta cosa que no es natural.

—¿Vd. lo cree?

—¿Pero no le produce á vd. el mismo efecto?

—En este momento, no.

—Mírela vd. de pronto.

—Mírola..... bien ¿y qué?

—Doctor; es vizca, es vizca! á fé mia que lo es.

Articuló estas últimas palabras con tal agitación, que Clara volvió la cabeza hacia su lado; Nevalos, demasiado conmovido para dominar su turbación, tomó el partido de retirarse; salió bruscamente del salón y no se le volvió á ver en todo el día.

¡Pobre naturaleza humana! una quimera nos basta para alimentar una dicha que dura mas ó menos, pero siempre muy poco: una quimera nos basta tambien para destruir la dicha mas positiva y mejor establecida! Nos parecemos todos á Malebranche que se llevaba siempre el dedo á su nariz en la convicción de que tenia allí suspendido un peso enorme. La funesta revelación del doctor destruyó de un soplo toda aquella ardorosa pasión que el marqués suponía estar al abrigo de todas las cosas. ¡Así somos nosotros! Fulgencio hubiera sabido que la señorita de Arces, en vez de tener un buen carácter lo tenia detestable, y tal vez no la hubiese dejado de amar.

Nevalos pasó la noche en medio de una agitación inconcebible, estaba decidido á retirar su palabra... Pero ¿cómo hacerlo sin ofender al señor de Arces, sin cometer una de aquellas graves faltas que hieren demasiado el amor propio para que se perdonen jamás? Encontrábase en una abominable perplejidad; cuando le dijeron á la otra mañana que el desayuno estaba servido, se hallaba aun en la cama; se aprovechó de esta circunstancia para pretestar una ligera indisposición y quedarse en casa. No salió en toda la mañana y buscaba en vano un expediente que pudiera sacarle de este paso tan comprometido, cuando su puerta se abrió de pronto y dió entrada á un joven, que no era otro que el hijo del doctor.

—Soy yo, dijo cruzando los brazos y fijándose sobre su pérfido amigo con un aspecto propio de melodrama.

—Lo veo muy bien.

—Vd. no me esperaba: confíeselo vd.

—No; llegas como el rayo.

—Y haré el mismo daño quizá. Lo sé todo.

—¿Qué sabes? preguntó Fulgencio que comprendió al punto que le habían instruido de sus pérfidos manejos.

—Tome vd. Lea vd. esta carta; llevo á buen tiempo, al menos para pedir satisfacción de su conducta desleal; mi primera visita es esta; aun no he visto á mi padre; tenia prisa de ver á vd. y exigirle una explicación.

—Y la daré; y espero que quedarás contento.... respondió Nevalos recorriendo el papel que su amigo le habia entregado, y que era una secreta advertencia de la pobre Clara, que habia perdido la cabeza y se apresuró á implorar el consejo y el apoyo de su amante.

—Hable vd; pero no piense divertirse conmigo. Vd.

me ha engañado una vez y es lo suficiente para darme el derecho de no creer nada de cuanto me diga. Ahora le escucho.

—Te haré mi confesion, dijo el marqués; te lo contaré todo. Para ser juicioso no tengo los tres siglos de Nestor; la imaginación es pronta y la carne débil; á pesar de los frecuentes gritos de mi conciencia, que me decían que obraba mal, muy mal, no pude ver á la que amas sin amarla yo tambien.... Vino un momento en que perdí la cabeza, en que lo olvidé todo, y á ti el primero, y no obedecí mas que al imán irresistible, á la fascinación....

—¿Vd. lo confiesa? interrumpió Carlos furioso.

—Escúchame un momento hasta que concluya, y verás que si he pecado, el arrepentimiento y el remordimiento han venido detrás de la culpa. Te hablo formalmente; no te enojés que no me chanco. Si, arrastrado por una ciega pasión, olvidé que tus derechos eran mas antiguos que los míos; he pedido la mano de la señorita de Arces, y no puedo ocultarte que el padre, que ignora el secreto de tus amores, acogió mis pretensiones.... A estas horas tengo empeñada mi palabra....

Carlos hizo un movimiento de cólera que Fulgencio reprimió con un gesto pacífico.

—Y yo quiero evadirme de este empeño, hacerte el sacrificio de mi amor á pesar de las legítimas esperanzas que me ha dado el con le, si me facilitas los medios para ello. Pretendo retirarme sin que ninguno se queje de mí. Vé búscale; díselo todo, tu amor, la afección de Clara hacia ti.

—Nunca me determinaré.

—Entonces no veo la manera.

—¿Dios mio! ¿qué haremos?

—Hay un medio todavía. Dáme la carta de Clara y la enseñaré á su padre; y entonces mi retirada tendrá su justificación, y al mismo tiempo el señor de Arces no podrá tan fácilmente negarte su hija en vista de una señal tan significativa de su ternura.

Imposible, exclamó Carlos; Clara no llevará á bien que yo abuse de su confianza, pues la pongo en un grande compromiso con respecto á su padre.

—En casos desesperados todo es admisible, contestó Fulgencio, que guardó en su bolsillo la carta de Clara. ¿Prefieres quizás que me case con la que amas?

El marqués se vistió con prontitud. Carlos, como todos los que quieren lograr un objeto, y que no tienen á mano la elección de los medios, se calló y dejó obrar á su amigo, así como lo habia escuchado. Luego que Nevalos se vistió de pies á cabeza, apretó la mano del joven y se separó de él diciendo:

—Hasta luego, y ten esperanza; todo se arreglará como lo deseas.

Una hora después volvió á entrar Fulgencio y halló á Carlos recostado en el sofá, pero dió un salto al ver á Nevalos.

—¿Que hay? preguntó con interés.

—Esto camina maravillosamente. El padre de Clara está furioso.

—¿Dios mio!

—Pero en cambio, nada tienes que dudar de mí: yo ya no soy tu rival, pues mi negativa fué admitida; es verdad que la carta que llevaba en la mano no podia menos de....

—Pero ¿que hacer ahora?

—Esperar; y esto concluirá con acabarse todo.

—Lo dudo.

Un criado llegó en este momento y anunció al hijo del doctor que don Serapio su padre, lo mandaba llamar.

El pobre muchacho salió apresuradamente; no bien hubo salido, cuando el marqués se puso á batir las palmas con la mayor expresión de contento.

—En fin, exclamó respirando como si hubiera estado



encerrado una hora entera bajo el recipiente de una máquina neumática; he salido del compromiso mas difícil que he encontrado jamás en el camino de mi vida. ¿Quién demonio me tentó para enamorarme de una muchacha cuyos antecedentes no sabia?... Pero ¿quién hubiera adivinado que aquellos ojos tan brillantes?... Hubiese sido necesario ser hechicero para ello. Héteme aquí fuera del paso gracias al pobre Carlos. Pero imagino que no tiene la misma repugnancia que yo, y bien sabrá lo que hay pues se han educado juntos; y sobre todo él sabrá lo que se hace; demos gracias al cielo que los gustos no sean iguales; así todos quedamos contentos, y esto concluirá por un casamiento como en nuestras antiguas comedias.

Reflexionando se hallaba el marqués cuando entró Carlos manifestando en su semblante la mayor alegría.

—Amigo mío, que dichoso soy!

—¿Se arregló el negocio?

—El señor de Arces consiente en darme á su hija y mi padre nos concede una magnífica pensión. ¡Qué felices vamos á ser!

—Te doy la enhorabuena

—Gracias, querido.

—Pero dime, observó Fulgencio despues de un corto silencio, ¿desde cuando amas á Clara?

—¿Por qué lo preguntas?

—¿No me entiendes? ¿La amabas antes ó despues de la operacion?

—¿Qué operacion?

—Hombre, la del estravismo.

—¿Estás loco?

—Vamos, me parece que no te hablo en hebreo. ¿La señorita de Arces, no tenia hace ocho meses los ojos torcidos?

—Ja, ja, ja.... ¡Qué extravagancia! ¿Qué me cuentas?

—Nada, nada, respondió el marqués, que creyó comprenderlo todo.

Algunos minutos despues, Fulgencio halló al doctor en el patio de la casa, y le dijo con voz conmovida por el despecho y la cólera.

—Caballero, tiene vd. una edad muy á propósito para poderse burlar impunemente de los hombres; ¿pero qué

diria vd. si yo pidiese á su hijo de vd. satisfaccion del insulto que su padre me ha hecho?

La frase amenazadora del jóven, asustó al doctor, quien, sin embargo, ocultó la impresion que le habia causado.

—Responderé á vd., caballero, que las injurias son personales, y que no podrá, sino obrando injustamente, hacer que el hijo pague los errores de que no tiene culpa. Niego ademas habertos cometido contra vd., sondee vd. su conciencia y conocerá que al tomar yo las armas, no he hecho mas que responder á sus hostilidades, herirle por los mismos filos. Mi hijo habia confiado á vd. sus proyectos, su amor, sus esperanzas, y á pesar de esto, vd. no dudó burlarse de su candor, abusando de él indignamente, puesto que fue él quien introdujo á vd. en casa del señor de Arces. Yo he encontrado medio de neutralizar la dañosa influencia de vd. y he obrado como padre, y....

—Eso no estorba que...

—Escuche vd.; puedo haber cometido un error, nunca he retrocedido en presencia de la verdad; aqui tiene vd. al señor de Arces, y á su hija que se acercan; voy á referirles el suceso con escrupulosa exactitud, y decidirán la cuestion.

—¡Silencio, caballero! exclamó el marqués, que despues de haber sido burlado no quiso ponerse en ridiculo á los ojos de los demas. Consiento en olvidarlo todo, á condicion de que jamas hablará á nadie... y especialmente á la señorita de Arces....

—¿Del estravismo? Descuide vd.; mi boca quedará cerrada. Vamos, señor marqués; consuélase vd. Andando el tiempo, no le faltarán jóvenes con quien casarse.

Muchas gracias; tengo bastante con esta tentativa y mañana mismo salgo para la corte.

—¿No asiste vd. á la boda?... ¡qué lástima! Carlos va á sentir mucho su marcha precipitada, dijo el doctor, que se reunió al punto con el señor de Arces, con Clara y su amante.

Desde esta aventura, el marqués se dedicó á estudiar la Homeopatía solo por odio á don Serapio, que era contrario á este sistema.

E. C.

ANECDOTAS HISTORICAS.

UNA FALSIFICACION EN EL SIGLO XIII.

Una noche en Venecia, entró un hombre en el taller de Marco Antonio Raimondi. Este hombre, que parecia hallarse agitado por algun pensamiento de cólera, reprimida no sin esfuerzo, se sentó bruscamente en una de las sillas del taller, y preguntó á un jóven que bosquejaba una figura en una plancha de cobre, si Marco Antonio estaba allí. El discípulo levantó la cabeza con sorpresa y miró á este hombre extraño sonriendo:

—En su casa á las nueve de la noche? dijo ¿en su casa á las nueve de la noche? repitió ¿De dónde venis que haceis semejante pregunta? Ya hace dos horas que el señor Marco Antonio ha salido, segun su costumbre, con el señor Aretino, y ciertamente no volverán hasta las tres de la mañana.

—¿He aquí, como vuestro maestro respeta y cultiva

TOMO VII

las artes! No las considera mas que como un medio de subvenir á los gastos que exigen sus relajadas costumbres.... Bueno, mañana por la mañana volveré.

Y efectivamente, á la mañana siguiente volvió el extranjero, y esta vez encontró á Marco Antonio en su casa.

—Salud, dijo bruscamente.

El jóven grabador, no se dignó ni aun levantar la cabeza para corresponder al saludo del extranjero.

—Soy aleman, señor, y he comprado en Nuremberg una coleccion de grabados de Alberto Durer; me faltan sin embargo algunos de los últimamente publicados, y me han dicho que vos podiais proporcionármelos.

—En efecto, es posible; replicó Antonio; pero esto corresponde á mi discípulo y no á mí, dirigios á este jóven.

—Para poseer tan bellas pruebas de las obras de Alberto Durer, continuó el extranjero, hojeando los grabados que le enseñaba el discípulo, es preciso que tengais relaciones en Alemania, y sin duda con él mismo.

—No os habeis equivocado, respondió atrevidamente

Marco Antonio: existen esas relaciones que indicais. Yo cambio pruebas de mis grabados con las de los de Durer.

—Alberto Durer es un bribon.

—Escuchad, señor, Alberto Durer es mi amigo, y no puedo consentir que nadie le insulte en mi presencia.

—Es un bribon; os lo repito. ¿Vos creéis que os remite pruebas de sus grabados? ¡No! Vos no recibís de él mas que copias hechas por sus discípulos.

Marco Antonio se puso encarnado y desconcertado.

—¿Cómo, vos, un grabador de un talento tan distinguido habeis podido caer en semejante lazo? Ved, examinad esta *Virgen* hecha con el pautógrafo y cotejadla con la prueba que yo he traído de Nuremberg. Decidme ahora si el grabado que vos teneis de Alberto Durer puede compararse al mio. ¿Encontrais aqui por ventura, el mismo vigor, la misma gracia y la misma pureza en los rasgos? Ya lo veis, estas aguas que se ven aqui carecen de transparencia; la perspectiva carece de aire, la madona no tiene gracia; y el niño aparece falto de candidez. ¿No reparais en la incorreccion de este contorno, y en su estremada dureza? Se creeria que vuestra prueba ha sido grabada con un buril mal fabricado; en este otro se conoce la valentia del autor.

—Teneis razon, balbuceo Marco Antonio. Alberto Durer me ha engañado.

—Es imposible que Alberto Durer, os haya engañado, señor. Sois vos el que engañais al publico; á ese público imbécil que no sabe distinguir la obra de un artista que trabaja para el porvenir de la de un hombre relajado, que vende su talento; si le tiene, á los estravíos de Aretino y de Julio Romain. Si, Marco Antonio Raimondi; vos sois el impostor; vos sois el que robais el nombre de otro; vos sois el que robais...

—¡mi nombre, pues yo me llamo Alberto Durer!

Marco Antonio, pálido y confundido, se dejó caer sobre el asiento de donde se acababa de levantar.

—Y yo obtendré justicia, y la Europa entera sabrá vuestros miserables artificios. Yo haré de manera que vuestro nombre se encuentre para siempre inseparable del mio. Marco Antonio Raimondi, escuchad: he aqui cuales serán vuestros titulos para la posteridad. «Marco Antonio Raimondi es aquel que robó el nombre de Alberto Durer, y que prostituyó su buril con los dibujos obscenos de Julio Romain, y con el libro infame de Aretino.»

Desde la casa de Marco Antonio, Alberto Durer se presentó al senado de Venecia, donde se quejó del usurpador de su firma.

El senado condenó á Marco Antonio, á no falsificar bajo las penas mas graves, ni la firma, ni el monograma de Alberto Durer; además se dió orden á los ugières del senado, que quemasen los grabados falsificados.

La Italia entera se ocupó de este negocio, y abogó por la causa de Alberto Durer.

El papa Clemente VII instruido del robó vergonzoso de Marco Antonio, mandó que le encerrasen en una prision, bajo pretesto, de que habia grabado estampas obscenas, donde le hizo pasar un largo cautiverio.

Alberto Durer, vengado y colmado de honores, regresó á su país, despues de una residencia de tres meses en Venecia y en Roma.

Marco Antonio á pesar de todo el brillo de su talento, no pudo jamás hacer que olvidasen su conducta con respecto á Alberto Durer, y muchos historiadores contemporáneos no escriben nunca su nombre sin añadir el epíteto de *Ladrone*.

En nuestros dias Marco Antonio delante de los tribunales, y por una causa igual, hubiese sido condenado á una multa de 400 rs., y esto despues de un proceso largo y costoso para Alberto Durer, y nadie hubiese pensado en dirigir reconvencciones al falsificador por su conducta.

J. A. B.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

MOISES.—HOMERO.

La primera idea que concibieron los pueblos acerca de la tierra, fué que tenia la forma de un vasto disco rodeado por todas partes de mares innavegables y maravillosos.

Despues, todos los pueblos por un sentimiento de orgullo natural, se figuraron que el mundo habia sido hecho para ellos, y supusieron en su consecuencia, que habitaban el centro del mundo. Entre los hindous, vecinos del ecuador, entre los escandinavos, vecinos del polo, las palabras que designaban la patria, *Midhiana* entre los primeros, y *Midgard* entre los segundos, tenían ambas la misma significacion, y debían traducirse por estas; *Residencia del Mediodia*. Los griegos, aunque herederos de las dos primeras civilizaciones conocidas, habian caído tambien por el orgullo en el mismo error, y hacian del monte Olimpo, en Tesalia, el centro de la tierra habitada. Es verdad que pronto este punto central fué desalojado por los sacerdotes del templo de Apolo en Delfos, que consiguieron acreditar una tradicion, segun la cual, aquel lugar sagrado, conocido bajo el

nombre de *Pitho*, fué considerado como el verdadero centro del mundo habitable.

Por lo demas, la civilizacion egipcia, á la que sucedia la civilizacion griega, dejó pocas nociones geográficas escritas en caracteres inteligibles; nada prueba la realidad de los viages de Sesostri comprendidos desde el año del mundo 2600 á 2700, y la famosa carta de este rey citada por Apolonio en el libro de los Argonautas, ni ha existido probablemente más que en la imaginacion del poeta. Es preciso, pues, remontarnos al año 2460, pues solamente á Moisés puede concederse el honor de las primeras nociones geográficas dignas de alguna atencion; por otra parte, estas son nociones que de acuerdo con los autores profanos, indican las mas antiguas capitales, cuyos nombres han llegado hasta nosotros: Babel ó Babilonia, y Nínive ó Nino.

Pero especialmente, cuando se limita á la exploracion de la Palestina, es exacta la geografia de los hebreos; sus autores nos describen con todos sus pormenores á Damas, Hemat, Hebron y Jericó, ciudades antiguas que aparecian rodeadas de murallas en medio de la Palestina y de la Siria, mucho antes que Atenas naciente bañase sus pies desnudos en las olas del mar Egeo. El profeta Ezequiel nos designa á Tiro la Soberbia, reina del Mediterraneo que construia los bageles con los ce-

dro del Líbano, con las encinas de Bazanea y las maderas odoríferas de la isla de Chipre; que abría por el mar su puerto, grandioso bazar del Asia, á los egipcios que llegaban allí á vender sus ricas telas, y á los griegos que llegaban allí á comprar sus esclavos; por tierra abría sus puertas á las caravanas de la Arabia Feliz, que llegaban de Aden y de Cana, poderosamente cargadas de piedras orientales, de comestibles y de talas; todo esto nos lo indica el profeta en la época en que Roma, que no se contaba aun en la categoría de las ciudades, cambiaba laboriosamente sus chozas en cabañas, esperando que convertiría sus cabañas en casas y en palacios.

Después de Moisés el mas grande geógrafo es Homero; después del profeta, el poeta. Todos los elementos de la cosmografía griega se hallan en los dos poemas nacionales de la Iliada y de la Odisea. Los contemporáneos de Homero estaban tan poco adelantados en el arte de la navegación, que miraban como un milagro el regreso de Menelao á la costa de Africa; y los únicos pueblos que exploraron el Mediterráneo y penetraron en el Océano, fueron los fenicios: descubrieron la estremidad de Inglaterra, por los años de 3000, las islas Sorlingas, que nombraban Casiteridas, ó islas del Estañ, porque se surtían allí de esta mercancia; y por la misma época fundaron en el litoral de Egipto las ciudades de Utica y de Cartago, y en la estremidad de la Bética, mas allá del estrecho de Hércules, la ciudad de Gades colocada sobre el Océano.

Hemos dicho cual era la forma que los pueblos daban á la tierra: la descripción del escudo de Aquiles prueba que esta cosmografía, adoptada en los siglos anteriores, era aun seguida en tiempo de Homero.

«Graba sobre el escudo, dice el padre de los poetas, la tierra, el cielo, el Océano, el sol infatigable en su carrera, la redonda luna, los astros con que se corona la bóveda de los cielos, las pleyadas, las hiadas, el Orion brillante, la Osa ó el Carro, la Osa que caminando en derredor del polo, mira al Orion, y sola no se baña jamás en el Océano.

«En fin, hace rodar las recias olas del río Océano en toda la superficie del rico escudo (1).»

Este disco terrestre, este *orbis terrarum*, estaba todavía, segun Homero, cubierto de una bóveda sólida, de un firmamento surcado por los astros del día y de la noche, que rodaban allí sobre carros tirados por nubes; por la mañana el sol salía del Océano oriental, por la noche se precipitaba en el Océano occidental; después un navio de oro, obra misteriosa de Vulcano le llevaba con rapidez al Oriente por el Norte (2).»

Debajo de la tierra coloca Homero además otra bóveda que corresponde á la del firmamento. «Esta, dice Júpiter, que se separará de la tropa celeste para socorrer á los troyanos ó á los griegos, no volverá á entrar en el Olimpo sino cubierta de vergüenza y de heridas, ó la precipitaré en las tinieblas Tartáreas, lugar remoto que fortifican puertas de marfil, abismo profundo tan lejano del imperio de los muertos como el cielo de la tierra (3).» Y la palabra del poeta es tan poderosa en la generación contemporánea, que este segundo sistema se adopta y perpetua como el primero. Cien años después, Hesiodo

(1) El título extravagante de río que da Homero al Atlántico se encuentra en Hesiodo, que describe los manantiales del Océano; los coloca á la estremidad occidental del mundo. Herodoto por su parte, nos enseña en su libro IV, que los geógrafos de su tiempo, figuraban en sus mapamundis la tierra como un disco redondo que el Océano rodeaba por todas partes bajo la forma de un río.

(2) Este sistema explicativo del día y de la noche se consignaba aun en tiempo de Tácito, puesto que se halla reproducido por él.

(3) Iliada, lib. VIII.

fija la distancia de estas bóvedas. Por consiguiente vemos estas ideas sobre la estructura del mundo adoptadas sin exámen hasta el momento en que los geómetras y los astrónomos reconocieron la forma esférica de la tierra.

En cuanto á los límites del mundo de Homero eran:

Al Oriente, Sidon y el Ponto Euxino; Sidon al que Menelao habia visto «cuando juguete de las tempestades, recorría á Chipre, la Fenicia y el Egipto, visitaba la Etiopia, Sidon, y en fin, la Libia, donde aparecen armados de cuernos las frentes de los toros recién nacidos (1).»

El Ponto Euxino que no nombra, pero que no debia serle desconocido, puesto que en el número de los gefes que defendían á Troya cuenta á Pylimeno, cuyo corazon es intrépido y manda á los guerreros de la Paphlagonia (2).» Además la Paphlagonia estaba situada en la ribera meridional del mar Negro.

Al Occidente el estrecho de Hércules y el Océano. Sin embargo, nada hay científicamente explorado desde la Sicilia hasta Gades; el sitio que en nuestros dias separa á Mesina de Regio es para Homero la terrible retirada de Caribdes y de Scila, paso fabuloso que conduce á la isla flotante de Eolo y á las islas encantadas de Calipso y de Circe.

El Mediterráneo estan limitado, segun el poeta, que basta un día para llegar al Océano. «Durante un día, dice Ulises, están tendidas las velas del navio que atraviesan el imperio de las ondas, y cuando en fin el sol desaparece y se esparcen las linieblas de la noche, tocamos á la estremidad de las profundidades del mar; allí están las habitaciones de los cinmerianos siempre cubiertas de espesas nubes y de una negra oscuridad; nunca dirige allí sus miradas el dios del día. Sea que atraviere la alta cima de la bóveda estrellada, sea que su carro descienda desde los cielos y ruede hácia la tierra, una eterna noche cubre con sus fúnebres velos á los desgraciados habitantes de estas comarcas (3).» Ahora bien, ¿cuáles eran estas comarcas huérfanas de sol segun Homero? La ardiente Andalucía y la arenosa Mauritania.

Al Mediodia la Etiopia.

Neptuno, que persiguió á Ulises con un odio implacable, no pudo oír los discursos de Júpiter, porque se habia ido para gozar del sacrificio de una hecatomba, «á las estremidades de la tierra, entre los habitantes de la Etiopia (4).»

Al Norte las vastas regiones de la Tracia.

Y Juno las descubre «cuando tomando un rápido vuelo se fué á la cima del Olimpo; atraviesa la Pieria, la Ematia (5), y pasa por las altas cimas de las montañas de la Tracia siempre emblanquecidas por las nieves.

Para Homero, nada existe mas allá del Hemo, puesto que nombra los ríos Axio y Strimon, y en ninguna parte cita al Danubio, que encontramos en Hesiodo bajo el nombre de Ister.

De modo que la línea circular que abraza al mundo segun la geografía homérica, suponiendo que parte del Oriente se aleja á la Colehida por las márgenes del Ponto Euxino, pasa por detrás del monte Tauro, viene á tocar el Mediterráneo á Sidon, la costea hasta Tiro, sube el río Egipto, (6) se sumerge hasta los confines de la Etiopia, separa la Libia interior de la Libia exterior, cierra el monte Atlas, pasa el estrecho de Hércules, deja á su derecha las islas Baleares, llega á Italia, salta

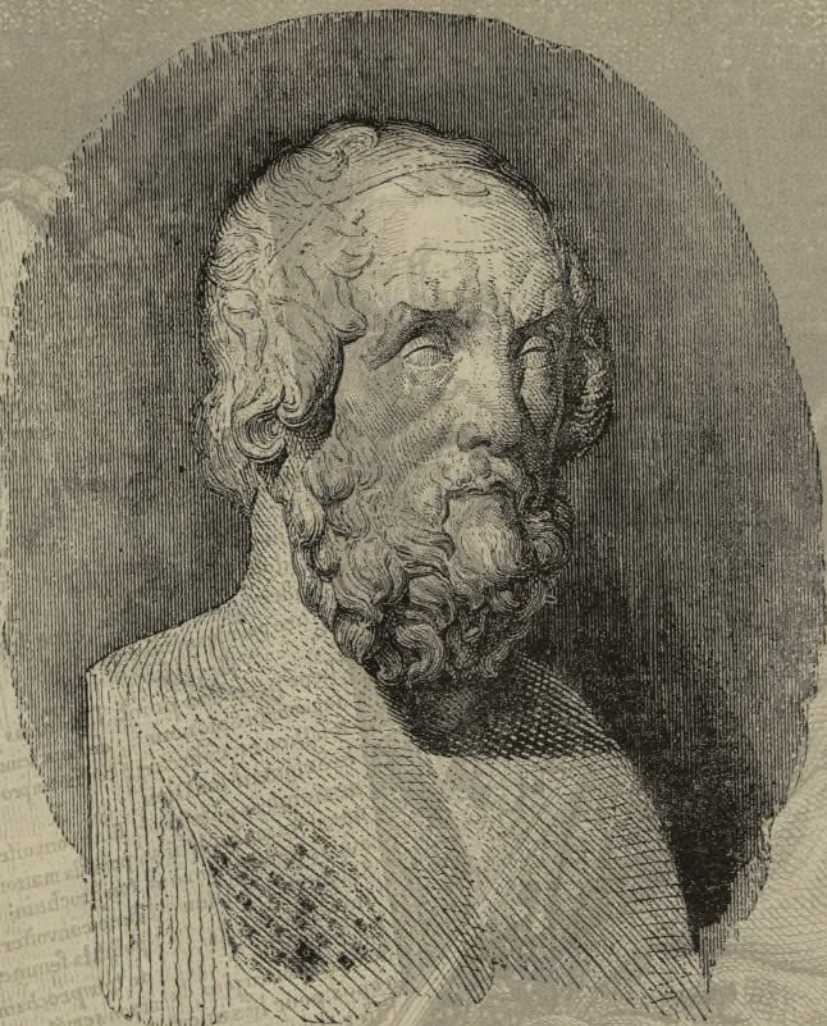
- (1) Odisea, cant. IV.
- (2) Iliada, cant. II.
- (3) Odisea, cant. XI.
- (4) Odisea, lib. I.
- (5) La Macedonia.
- (6) Nilo.



LE SOMMAIRE de la LOI et des PROPHÉTIES
Aime Dieu de tout ton cœur
et ton prochain comme toi-même.

MOISÉS SOSTENIENDO LAS TABLAS DE LA LEY. (Copia del cuadro de Moisés, ejecutado por Felipe de Champagne, contemporáneo de Luis XIII, rey de Francia, su protector.)

por encima del Adriático, atraviesa la Híria, llega al Helesponto, y se reúne al fin á su punto de partida. Hemo, vuelve á descender hacia la Propontida y el Bósforo, designados ambos bajo la sola denominación de pais medio histórico, medio fabuloso de las Amazonas.



HOMERO.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

UN AÑO EN MADRID.

OCTUBRE.

La benigna temperatura que empezamos á disfrutar en los primeros días del mes anterior, y el cielo trasparente y azul del otoño, continúan inalterables á la hora en que escribimos estas líneas. El marchito follage de los árboles, aguarda indefenso la hora del suplicio, perdida ya la última esperanza de vida que alimentó al sentir el dulce influjo de la nueva atmósfera. Las pocas plantas que lograron saludar la apa-

ricion del otoño sienten ya debilitarse sus fuerzas, y doblan la cabeza hacia el suelo que ha de recibir sus amarillos despojos. Pero á la vista del hombre, la vegetacion no ha retrocedido un solo paso en todo el mes trascurrido desde que el sol de agosto recogió sus destructores rayos. El engañoso verdor de la corteza, oculta el fuego interior que ha secado el corazon de la planta. Aun no han venido los vientos frios de noviembre á helar la última gota de savia que sostiene las hojas adheridas al tallo, y la vegetacion no ha llorado su muerte rasgando sus vestiduras. Setiembre y octubre han formado un solo imperio, respetando lo existente, sin atreverse á emprender reformas que el tiempo no les permitiria terminar. La hora en que la vegetacion se entre-



ga al descanso, para pasar durmiendo los meses de noviembre, diciembre y enero se aproxima, pero no ha llegado aun. Nosotros no queremos anticipar a los lectores el triste espectáculo de ese inanimado panorama, y dejamos para el próximo artículo la autopsia de ese cadáver que recobrará nueva vida con el mágico galvanismo de la primavera.

Sigamos mientras tanto nuestro paseo por las calles de la capital.

Las aguas que cayeron en los últimos días del mes anterior, no dejaron que las gentes continuasen visitando los museos de antigüedades establecidos en las plazuelas, y los trastos viejos, que al parecer se honraban mucho con nuestra presencia, obtuvieron del señor corregidor una prórroga de ocho días al plazo fatal que espiraba el día 4. Esta es una gracia que a fuerza de años ha venido a ser un derecho, y cuando no hay lluvia que justifique la prórroga, hay prórroga que trae consigo la lluvia. Es decir, que los feriantes tienen siempre abierto el tribunal de apelación, llueva o no llueva, y si las nubes no han podido traer agua antes del 4 de octubre, las mercancías no se retiran de la feria hasta que se mojan. Los madrileños no suelen andar con grandes escrúpulos en tiempo de feria, y arrostran los rigores de la estación, saliendo a la calle a todas las horas del día; ya los hemos visto pasear por la calle de Alcalá rompiendo nueces y mondando melocotones. En las otras calles y plazuelas de la capital, también los hemos observado registrando libros y parándose a reir ante las papeleras del siglo XVII donde se guardaron los pergaminos, única nobleza de mas de cuatro caballeros de industria. Hoy nos vemos comprometidos, por la cita dada a nuestros lectores en el artículo anterior, a seguir al pueblo de Madrid en su visita artística a la Academia de nobles artes.

La exposición de pinturas contemporáneas que los profesores y aficionados envían todos los años a los salones de la Academia, es lo que lleva allí las gentes, y todos los días desde el 21 de setiembre al 5 de octubre, están abiertas al público las puertas del santuario artístico desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde. Si nosotros fuésemos a ver los cuadros sabríamos la hora que habíamos de elegir al efecto, pero como nuestro objeto es ver como los ven los demás, nos hallamos obligados a entrar en la Academia mas de una vez y a distintas horas. El verdadero aficionado, el que ansia saber los adelantos de nuestros pintores, acude a primera hora, para que la gente no le impida colocarse en el verdadero punto de vista de cada cuadro; el que por el contrario, lleva la idea de darse en espectáculo y de decir cuatro bufonadas delante de cada obra, ese necesita auditorio y va cuando la concurrencia es escasa. Hay otros que van porque no se perdonarían a si propios el día 6 de octubre, no haber entrado una vez siquiera en los salones de la Academia, y otros, en fin, por motivos mas frágiles, que si Dios quiere y la tinta no se acaba, revelaremos mas adelante. Ahora nos contentamos con entrar en la Academia, de donde no saldremos sin haber visto mas de cuatro debilidades.

La primera, y no se dirá que hemos ido a buscarla, sino que ella propia nos sale al encuentro, es la exposición misma. ¿Qué significa la exposición pública de 200 cuadros de los cuales 150 valían mas cuando estaban en blanco, y los 50 restantes son 40 retratos de particulares, cinco copias y cinco cuadros de composición? ¿Qué buscan allí aquellas obras? Son targetas de anuncio que dan al público los jóvenes profesores para ofrecer sus respectivas habilidades. Son piezas de examen que someten a la crítica de los inteligentes. ¿Quién premia aquellos trabajos? ¿Qué estímulo se ofrece a sus autores? ¿Quién compra en fin aquellos cuadros?

Nadie, lector; nadie premia, nadie estimula, nadie

compra; los cuadros vuelven al estudio del artista, que por toda recompensa recibe la enhorabuena de un amigo que lo mismo le habria dicho en su propia casa. Luego está visto, que la misma exposición publica es la primera debilidad de si propia; pero como sin ella no ocurrirían las otras debilidades, seguimos adelante y abrimos los ojos en el patio de la Academia, segunda debilidad del asunto.

En esta antesala de la exposición, han acertado a entrar a las 10 de la mañana, unos lugareños que aun no se atreven a salir, y son las dos de la tarde; ya se ve, hay unos colores tan vivos en la pared, que los cuadros están diciendo, *comedme* a todo el que los mira! Si por retrato se entiende todo cuadro que se pintó teniendo delante una persona, el patio está lleno de retratos; si no han de ser retratos hasta que prueben la identidad, no lo serán nunca. En esta parte del museo, como el genio está al aire libre y al arte idem, suele haber grandes cuadros de grandes composiciones. Mucho de moros y de cristianos; los primeros cubiertos de mantas, y los segundos vestidos de cota de mallá que no parece sino que, el pintor tomó por modelo las escamas de algun besugo; veinte y cinco ginetes montados en cuatro caballos huyendo de un castillo que siempre va delante de ellos; fatigados por las nubes que tienen que ir rompiendo con la cabeza y sin querer llegar al primer término del lienzo porque ya en el último son mas crecidos que las demas figuras del cuadro. Ante esas obras maestras, se paran muchas personas de diferentes especies: tontos que tienen la virtud de confesarlo; necios que tienen la osadía de negarlo; inteligentes que lamentan la pérdida del lienzo que antes de pintarlo servia al menos para una mampara; y gentes de buen humor que se alegran de que se haya llevado allí aquel cuadro siquiera por tener ocasión de sacrificar a su autor con una gracia.

—¡Famoso cuadro!... dicen los tontos primeros; que propios están los moros!... con su turbante y todo!... Pues y los lanceros!... hasta lanza tienen!... Cuánto sabrá el que lo haya pintado!

Los que tienen la pretension de ocultar su ignorancia vacilan antes de elegir el que ellos creen verdadero punto de vista, y procurando hacerse oír de las personas que están a su alrededor esclaman:

—¡Lastima que este muchacho (ignoran si el autor del cuadro es joven o viejo) no se haya detenido mas en esta obra!... El dibujo es algo incorrecto pero están bien agrupadas las figuras, y hay mucha entonación y vigor en el colorido.

Si alguno les pregunta lo que representa el lienzo, se sonríen compasivamente y dicen señalando a los lanceros:—Que es una copia del famoso cuadro de las lanzas.

Las gentes del pueblo no saben apartar la vista de los bodegones, y sin tener en cuenta que la intencion del artista fué pintar una perdiz, dicen que la gallina está tan propia que no la falta sino cacarear para salirse del cuadro.

Los salones del piso principal son los que encierran lo mas notable de la exposición, y sin embargo, la mayor parte de los cuadros que en ellos se encuentran debieran haberse ahorrado el trabajo de subir la escalera quedándose en el patio. Aquí las obras inmortales de Murillo, Ribera, Velazquez, Zurbarán, Cano, Morales, Ricci y Carducho, nos obligan a entrar sombrero en mano, entre porteros y centinelas, para ver los trabajos de nuestros pintores contemporáneos. La Sala del trono, donde se colocan los cuadros de los profesores de cámara de S. M., está llena de gente a todas horas, y al ver la uniformidad de opiniones cualquiera diria que todos llevan formado de antemano el juicio sobre aquellas pinturas. Efectivamente nadie se atreve a discurrir por sí, y si a una gran parte de los concurrentes se les

enseñara allí el peor de los cuadros del patio, saldrían diciendo que era una obra maestra. Tal es el influjo de la voz pública en cuestiones de esa especie. Pero a nosotros no nos toca ahora nuestra opinión ni sobre las reputaciones adquiridas, ni sobre el mimo con que el público las trata, con grave lesión muchas veces de su propio criterio; los cuadros que vamos a ver no son los pintados en el lienzo, sino que los que están por pintar aun y pueden llamarse con razón cuadros vivos o *cuadros al natural*.

El héroe al óleo, que para revelarnos su existencia ha tenido necesidad de mandar su retrato a la exposición, pasa todas las horas del día en los salones de la Academia, vestido con el propio traje que sirvió de modelo para el cuadro. Sus amigos le encuentran y le dicen:

—Ya le he visto á vd. retratado; le han hecho á vd. poco favor... representa vd. veinte años mas de los que tiene.

—Otro.—No se quejará vd. del pintor!... lo menos le ha quitado á vd. diez años... pero le ha puesto á vd. demasiado grueso.

—Otro.—Hombre, he conocido que eras tú por la levita; pero no te se parece nada el retrato!... Qué delgado!... Qué serio!... y luego aquellos ojos azules!... Vaya se ha lucido el pintor!

—Otro.—No sabía que estabas en la exposición; pero te he conocido al momento... lástima que te hayan puesto aquellos ojos tan negros y demasiado risueño... Tu fisonomía es grave... ¡Dime, dónde diablos te has hecho aquella levita, que parece un saco?... Si los pliegues de la manga son invención del pintor, ha desacreditado al sastre que te viste.

Frente a un retrato de cuerpo entero y tamaño natural de una señora joven y hermosa, se presenta otro cuadro de los pertenecientes a nuestro museo vivo. Tres señoras y tres caballeros, en grupos distintos, juzgan la obra del modo siguiente:

Ellas.—¿Cómo es posible conocerla si la han quitado doce años de encima!... Y qué cutis tan fino, cuando el suyo parece papel de lija!... Y qué colores tan hermosos... ella que es amarilla como la cera!

Ellos.—Este pintor, no es de los que adulan... la marquesa tendrá que esconder su retrato hasta que pasen doce años, y entonces quizás esté parecido... vaya un cutis ordinario... y parece que ha tenido viruelas... Pues y el color de las megillas!... este es un busto de yeso mas bien que un retrato.

Ellas.—Pero hija, que ojos tan hermosos!... donde los habrá alquilado la marquesa!... Y que lujo de cabello!... como estaba abundante la pintura, no se la conocen las calvas... Si tuviera esas manos tan pequeñas, mas baratas la daría los guantes el guantero... Pues donde me dejas el talle!... No es ni la mitad del corpanchon que tiene... vaya que el pintor es uno de sus mejores amigos... por mucho dinero que le dé, no le paga.

Ellos.—No se como se ha atrevido el pintor a copiar los ojos de la marquesa!... así han salido ellos... pequeños y sin expresión ninguna... Pues no digo nada del cabello, que parece lleno de calvas por el modo con que están vertidas las luces... ¡Y que manos!... parecen sacos de arena... El talle es lo mejor, pero algo menos robaría la modista si ese fuera el cuerpo de la marquesa...

Poco mas ó menos son todos los cuadros vivos que forman el reflejo de los pintados; otros se presentan mas sencillos, y nuestros lectores habrán tenido ocasión de ver algunos de ellos.

—Ese excelente retrato, dice un caballero, parándose delante de un cuadro; el parecido es admirable; sus mismas facciones... su sonrisa burlona... en fin, está hablando.

—¿Tiene vd. la bondad de decirme quien es el retra-

tado? pregunta candidamente un recién llegado de provincia.

—No lo sé, responde el interpelado.

—¿Como decia vd. que estaba tan parecido!

—Y lo repito... no he visto nada mas parecido a si propio; ponga vd. delante del cuadro un espejo y verá dos copias exactas.

Una madre acompañada de su hija, recorre con ansiedad todas las salas de la Academia... busca una cosa y no la encuentra... se para delante de todos los retratos de hombre, y baja por fin desesperada a la calle. Al salir se encuentra como de costumbre con un joven alto y delgado, que desde que se enamoró de la hija es la sombra constante de la madre y le dice:

—¿No me dijo vd. que estaba su retrato en la exposición?

—Si señora.

—Pues le han quitado, porque he mirado uno a uno todos los cuadros y no le he visto... ni mi hija tampoco.

—Yo sí, mamá.

—No haga vd. caso, amigo; se ha empeñado en que era el retrato de vd. uno de medio cuerpo, con traje de majo que está en la sala segunda y se le parece á vd. como a mí... Es un hombre grueso, buen mozo, robusto y colorado.

—Ah! si, el mayoral de la torada de Gaviria, dice el novio abrasado de ira.

—¿En qué sala está el retrato de vd? pregunta la presunta suegra.

—En la última, junto a una señora vestida de azul. Allí no hay mas que un caballero grueso, con la cara hinchada y los ojos saltones... por cierto que tiene una camisa que parece un tahali dado de albayalde. Y qué manos con sabañones!... y qué levita con ahuecadores!... Qué facha está el buen señor!...

El presunto yerno, va palideciendo con el relato de la mamá, hasta que irritado de oír aquella sarta de exclamaciones interrumpe diciendo:

—Pues bien, señora... ese es mi retrato.

—De veras?

—Lo que vd. oye.

—Pues no se lo diga vd. a nadie, y todos le guardarán el secreto... Y si lo coloca vd. en la sala de su casa, diga vd. que es un retrato de familia.

Otra por el contrario, sale de la Academia y en el portal encuentra un amigo a quien le dice:

—Acabo de verlo á vd.

—¿Dónde?

—Arriba, replica sonriendo.

—Es imposible, señora, porque llego en este momento.

—Está vd. muy parecido... hablando.

—Pero espíquese vd.

—¿Quiere vd. que le regalen el oído?... pues sea; es de los mejores retratos que hay en la exposición... algo ordinario el pincel; pero el parecido admirable.

—Pero que retrato es ese señora?... mire vd. que yo no me he retratado en mi vida!

—Ha hecho vd. bien en no decirnos nada; así tiene mas mérito haberlo conocido. Lo que no apruebo es que se haya vd. retratado con la toga.

El amigo se echa a reír y dice:

—El retrato de que vd. me habla, está en la sala primera junto al de una bailarina?

—Si señor, no se ría vd.

—Y no quiere vd. que me ría, señora? pues si ese es el retrato de un juez de primera instancia de no se qué lugar de Castilla.

—Pues amigo se parecen vds. como dos gotas de agua.

—A otras dos gotas de agua, señora; porque él es rubio y yo soy moreno; el tiene 30 años y yo 25. Espero que otra vez me mire vd. con mas caridad.

No acabaríamos nunca si hubiésemos de copiar todos

los cuadros que forman las gentes que acuden á ver los de la Academia; pero bastan los citados para dar al lector una idea de lo que pasa en la esposicion. Si la quiere mas exacta, tómese la molestia de leer los juicios críticos en que se da cuenta de las obras presentadas. Prescinda de la historia de la pintura, preámbulo con que todos consideran de rigor encabezar sus artículos, y oiga á los unos decir:

Ningun año se han presentado menos cuadros, pero jamás hemos tenido la satisfaccion de ver mejores obras... nuestros pintores han dado pruebas de que son dignos de habernacido en la patria de los Murillos y los Velazquez.

Hablando del mismo asunto, de la misma esposicion y de los mismos cuadros, dice otro periódico:

Nunca hemos visto mayor número de cuadros en la esposicion de la Academia; pero entre tantas obras ni una siquiera encontramos digna de ocuparse de ella con detencion... Velazquez y Murillo se avergonzarian si resucitaran, de ver el estado en que han puesto el arte los que han tenido la osadía de seguir sus huellas.

Si de los periódicos pasas á los cafés donde se reúnen los autores de los cuadros, la decoracion es otra, querido lector, pero la escena es la misma. Aquellos cuadros pintados por sí mismos no son mas caritativos consigo propios que lo fueron los estraños. Divididos los artistas en bandos, todas las obras son á su vez absolutamente detestables y malas, ó decididamente sobresalientes é inimitables.

Pero á tí, lector, ahora que me acuerdo, te debe de importar muy poco de esos cuadros y de esos juicios;

tú y yo somos el mejor cuadro del mundo, cuando nos comunicamos por medio del telégrafo de Gutemberg, que á pesar de los años y de las reformas, sigue siendo el mejor de los inventos conocidos hasta el día. Hace nueve meses que hemos entablado nuestra correspondencia, y en todos ellos he procurado darte lo mejor de lo mejor que había en mi tintero, sin cuidarme de saber si tú te habías tomado la pena de leer mis escritos. Mientras no salga de esta duda me permitirás que suspenda este artículo, en el que bien mirado nada me resta por decir.

Terminadas las ferias, ningun acontecimiento notable ocurre en el presente mes, y todas las calles y plazas de Madrid, quedan silenciosas y desiertas como el interior de los teatros en Semana Santa. En la plaza de la Constitucion, la estatua ecuestre de Felipe III, oculta á las gentes el sitio donde el 21 de octubre de 1621, se alzó el cadalso para quitar la vida á don Rodrigo Calderon. Como dice cierto pacientísimo capellan que tuvo la admirable calma de escribir una *poesía* para cada efeméride de todos los días del año. La de este suceso no es de las peores y dice así:

«En la plaza de Madrid
en un cadalso hoy murió,
el marqués de Siete Iglesias
don Rodrigo Calderon.»

¡El monarca le quitó la vida en un suplicio y el capellan la fama en una copla!

ANTONIO FLORES.



Exposicion de pinturas en el patio de la Academia.